

ISABEL, REINA DE CORAZONES

A Juanjo Seoane, que produjo esta obra y la llevó al éxito, con mi agradecimiento y amistad.

PERSONAJES

ISABEL II
EUGENIA DE MONTIJO
FERMÍN
BENITO PÉREZ GALDÓS
SOR PATROCINIO
FRANCISCO DE ASÍS
GENERAL SERRANO
R. MENESES

(Un salón en el palacio de Castilla en París. Al fondo, una gran puerta vidriera que da al gran balcón sobre el jardín. En primer término derecha, salida hacia la alcoba de ISABEL II. En primer término izquierda, puerta que da al oratorio. En segundo término izquierda, entrada al salón. En segundo término derecha puerta que conduce a otras dependencias del palacio. Un gran espejo que en su momento al girar se convertirá en un retrato de ISABEL II con orla negra. El centro del escenario lo ocupan un tresillo y mesitas de servicio. A derecha, un arcón.)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

(Antes de alzarse el telón -aunque ya apagadas las luces de la sala- se oye el pitido de un tren, su marcha y un gran vocerío. Se alza e/ telón.)
(ISABEL II está sentada, bordando un cojín, Entra FERMÍN, ayuda de cámara.)

FERMÍN. *(Anunciando.)* Su Majestad Imperial la Emperatriz Eugenia de Montijo.

(Entra EUGENIA DE MONTIJO como un vendaval con toda la parafernalia de encajes, sedas y abanicos.)

EUGENIA DE MONTIJO. *(Entrando.)* ¡Isabel...!

ISABEL II. *(En pie.)* ¡Eugenia! *(Avanzando.)* ¡Pero qué guapísima estás! *(Se abrazan y se besan.)* ¿Cuándo has llegado de España?

EUGENIA DE MONTIJO. Ayer.

ISABEL II. Déjame que te huela. (*Le huele el cuello y las manos.*)
Hum...! ¡Aún hueles a jazmines de Sevilla!

EUGENIA DE MONTIJO. Ay, no me ahogues, hija; deja que me siente.

ISABEL II. ¡Ay! sí, cuenta. (*Se sientan; ansiosa.*) ¿Cómo está mi hijo el Rey de España?

EUGENIA DE MONTIJO. El pobre; hecho un flautín con bigote; eso sí, guapísimo. Igualito, igualito que su paa... ¡Vamos, igualito!

ISABEL II. Ay, ese hijo; que no me lo echen también; al menos, todavía. ¿Y Madrid, como está, aparte de los tiros de siempre? Y el Gobierno, aparte de hacer tonterías como siempre, ¿le es fiel aún a mi hijo el Rey?

EUGENIA DE MONTIJO. (*Abriendo el abanico.*) Eso parece...
Comme ci, comme ca, pero más con *cá* que con *cí*.

ISABEL II. (*Cerrando de golpe el abanico.*) ¡Ay, ay, ay! ¿Le diste mi carta secreta?

EUGENIA DE MONTIJO. ¡Delante de todo el mundo!; y allí mismo la leyó y me dijo: «Dile a mi madre, de mi parte, que eso es, precisamente, lo que estoy haciendo» (*Curiosa.*) ¿Qué le decías tú?

ISABEL II. Que aguante lo que le echen: Pronunciamientos, golpes de Estado; lo que sea; pero ¡pegado al trono como una lapa..!

EUGENIA DE MONTIJO. Sí, hija, que ese sillón es de quita y pon.

ISABEL II. Si lo sabré yo; que me trague sapos y culebras, pero agarrado al trono con los dientes: que de eso tienen dentadura postiza casi todos los reyes; que un trono no es un tenderete en el Rastro, que lo quitas cada domingo y ¡hasta el siguiente! En este tenderete nuestro se recogen los trastos un momento para una necesidad, y cuando vuelves... ¡Ya hay otro con el culo bien

pegado!

EUGENIA DE MONTIJO. (*Muy fina.*) Isabel, por Dios.

ISABEL II. Si es que reinar no es lo que era: aquella tranquilidad de los Reyes de antes; que, con sólo nacer, trono y mantel puesto de por vida. ¡Ay, que me aguante en Madrid!

EUGENIA DE MONTIJO. Pero ¡qué perra tienes con Madrid!, con lo monísimo que es París.

ISABEL II. Sí, muy mono; pero, en plan de desterrada, pierde horrores.

EUGENIA DE MONTIJO. Quéjate; cuántos quisieran llorar por tus ojos; además tú vas a la Ópera y a los bailes, como antes.

ISABEL II. No es lo mismo, aquel ir en plan reina rampante que ahora, de señora particular. ¡Quién nos ha visto y quién nos ve!

EUGENIA DE MONTIJO. A mí no me englobes.

ISABEL II. No, mujer. Ay. Con todo lo que yo he sido y he ido y venido y triunfado y venga de coronaciones y de todo: aquí me tienes, en el paro.

EUGENIA DE MONTIJO. Mujer...

ISABEL II. ¡En el paro!

EUGENIA DE MONTIJO. ¡En el paro...! Pero tu hijo te sigue trabajando de Rey, y te lo gana.

ISABEL II. (*Angustiada.*) Sí, sí, pero ¿cuánto le durará el empleo? Que vienen noticias de atentados y de golpes de Estado cada diez días, ¡qué sufrimiento! Todas las cabezas coronadas de Europa están en un ay; y es que se ha vuelto esto nuestro tan inseguro...

EUGENIA DE MONTIJO. (*Muy lumia.*) Yo, menos mal, sigo aún en el machito; y en plan Emperatriz.

ISABEL II. (*Irónica.*) Sí, mujer, sí. (*Curiosona.*) Pero, cuenta. ¿Cómo

están en Madrid mis antiguos amantes?

EUGENIA DE MONTIJO. Con otras.

ISABEL II. ¿Pero me recuerdan?

EUGENIA DE MONTIJO. Sí ¡ya lo creo...!

ISABEL II. Para asparme; te habrán contado de mí horrores.

EUGENIA DE MONTIJO. Me han dado recuerdos.

ISABEL II. ¡Qué atentos! Se me han muerto a puñados últimamente...

EUGENIA DE MONTIJO. Es que tú los dejabas ya muy gastaditos.

ISABEL II. Ay, cuántas cosas han pasado desde que te recibí en mi Palacio de Oriente ¿Te acuerdas?

EUGENIA DE MONTIJO. ¡Ya lo creo!

ISABEL II. Acababa de nacer uno de mis diez hijos y mi marido, pobre, estaba como loca: había logrado, al fin, presidir en mi ausencia, un consejo de ministros. Que, ¡qué aburrimiento! Pues él, ¡como loca! Ay, si pudiéramos volver a nuestros juegos de niñas. Qué destinos tan paralelos y qué vidas tan distintas. Siempre te agradeceré tu hospitalidad aquí, en París.

EUGENIA DE MONTIJO. Un día yo por ti, otro, quizá, tú por mí. Son panes prestados.

ISABEL II. (*Irónica.*) Y que lo digas. (*Nostálgica.*) ¡Ay! ¿Qué queda de aquellas jovencitas que se confiaban sus secretos en los jardines del Alcázar de Sevilla?

EUGENIA DE MONTIJO. Ha llovido desde entonces.

ISABEL II. Mira cómo estoy. En cambio tú, qué envidia: estás como una raspa. (*Rabiosa.*) Pero ¿tú comes?

EUGENIA DE MONTIJO. De todo.

ISABEL II. ¡Ay!; yo como un arenque y noto donde se me pone. No

es que me queje de Francia, pero ¡me engorda! Si yo no debí irme de España ni arrastrada.

EUGENIA DE MONTIJO. Hija: ¡es que te echaron a patadas! Acuérdate, pero tú volverás.

ISABEL II. Como una foca y con los pies por delante.

EUGENIA DE MONTIJO. ¿Qué te apuestas a que antes de tres meses estás en Madrid y a todo plan?

ISABEL II. Pécora; que llevo años como el burro tras la zanahoria; y, cuando creo que ya estoy en Venta de Baños, despierto en las Tullerías. Y ¡tan sola!

EUGENIA DE MONTIJO. (*Irónica.*) ¿Sola tú? ¿tú sin un hombre? Cuando las ranas críen pelo.

ISABEL II. (*La muestra.*) Mira. Mi pitillera de oro de los seis rubíes. ¿Convencida?

EUGENIA DE MONTIJO. (*Atónita.*) Del todo; pues... (*Desconfiada.*) a mí que me pareció verla no hace mucho en manos de tu Manfori...

ISABEL II. (*Definitiva.*) ¿Ese? ¡Agua pasada! Se la mandé pedir esta mañana.

EUGENIA DE MONTIJO. Ah; cuenta; cuenta. ¿Quién es el próximo?

ISABEL II. (*Loca.*) Se llama Fifito Puñonrostro.

EUGENIA DE MONTIJO. ¡Fifi! (*Ríen ambas.*)

ISABEL II. ¡Fifi!; me empieza hoy, aquí, a las ocho (*Contempla la pitillera de oro.*) Esta pitillera ha pasado por tantas manos de hombre. A todos hice muchos regalos pero esta pitillera es distinto; es un símbolo. (*Coqueta.*) Cuando comienza se la entrego al hombre de mis sueños; pero, al acabar ¡se la he pedido a todos! Y tú, ¿cómo andas (*Con intención.*) de lo mismo? (*Se oye el ruido*

de un carruaje. EUGENIA mira por el ventanal.)

EUGENIA DE MONTIJO. Yo... ¿yo...? ¡Vamos... como siempre, con mi Napoleón! Se ha parado un carruaje y se está bajando un hombre, ¿a quién esperas?

ISABEL II. Mi Puñonrostro no puede ser: aún no es su hora. (*Anhelante.*) ¿Es guapo? Porque si es hombre y guapo, que pase sea quien sea. (*Sonería de reloj. ISABEL mira.*) Las seis, ay, sí, qué cabeza. A esta hora concedí audiencia a un escritor español de paso por París. Será él.

EUGENIA DE MONTIJO. ¿Es monárquico?

ISABEL II. Escritor español y monárquico ¿es que quedan o ha habido alguno? Republicano y comecuras; que si se entera Sor Patrocinio deja de tomar las aguas, viene y le desforra; él querrá sonsacarme. Luego escribirá horrores de mí. Pero yo le recibo, a ver si le convengo.

EUGENIA DE MONTIJO. ¿De que se haga monárquico?

ISABEL II. No, mujer: monárquicos se harán todos en cuanto les convenga. Convencerle de que yo, después de todo, he sido tonta, pero buenona. Por si lo dice en España, y me dejan volver.

EUGENIA DE MONTIJO. Y... ¿quién podrá ser?

ISABEL II. ¡Ay, qué cabeza! Por aquí puse su carta.

EUGENIA DE MONTIJO. ¿No será un tal Alarcón?

ISABEL II. Alar... ¿qué?

EUGENIA DE MONTIJO. Con.

ISABEL II. No me suena.

EUGENIA DE MONTIJO. ¿Juan Valera?

ISABEL II. No me suena.

EUGENIA DE MONTIJO. ¿Pereda?

ISABEL II. Ay, hija. ¿Qué más da quién sea? Es escritor español, ¿no? pues será como todos: enclenque, esmirriado y con más hambre que un felpudo.

FERMÍN. (*Entrando.*) Majestad: acaba de llegar, don (*Lee la tarjeta.*) Benito Pérez Galdós.

EUGENIA DE MONTIJO. (*Sorprendida.*) ¿Don Benito, el garbanero, en tu palacio?

ISABEL II. (*Abanicazo.*) ¿Un comerciante de ultramar? ¡Yo esperaba a un escritor.

EUGENIA DE MONTIJO. (*En pie.*) Es él: le llaman así, por envidia que le tienen, los escritores jóvenes.

ISABEL II. ¡O sea que es un viejo! ¡No te me vayas! que a ese le despacho en un vuelo. (*A FERMÍN.*) Que pase, pero... ¡quédate en el pasillo!, que ese viejo socialista me besa los mitones y se va. (*Sale FERMÍN.*)

EUGENIA DE MONTIJO. Es un gran escritor. Habrás leído sus novelas.

ISABEL II. Hija, ¿por quién me tomas? Yo, las novelas... ¡las vivo todavía!

EUGENIA DE MONTIJO. ¿Ni siquiera los Episodios Nacionales?

ISABEL II. Yo hago la historia, pero ¿encima leerla?

FERMÍN. (*Anunciando.*) Don Benito Pérez Galdós.

(*Entra PÉREZ GALDÓS. Es alto, guapo y fortachón. Viste ropa de salón -capa, bastón y sombrero- todo sencillo y discreto. Su única fantasía es -quizá- una enorme bufanda blanca que le rodea el cuello y cae a lo largo. Además de alto, fuerte y bigotudo tiene todo el encanto de un galán otoñal, discreto y tímido.*)

ISABEL II. (*Admirada.*) ¡Jesús, qué guapetón es el muy republicano! ¡Qué hombre! ¡Qué cosa! Té para dos, Fermín.

PÉREZ GALDÓS. (A ISABEL haciendo una inclinación discreta.)

Señora: a vuestros pies.

ISABEL II. Y ¡qué vozarrón! (Presentándola pero deseando quitársela de enmedio.) Aquí, Eugenia de Montijo que ya se iba.

EUGENIA DE MONTIJO. Celebro mucho conocerle.

PÉREZ GALDÓS. (A EUGENIA. Haciendo una gran inclinación.) A vuestras plantas.

ISABEL II. No me le mires de así, Eugenia, que éste es cosa mía. (Se sienta.) Bueno, pues aquí estoy.

PÉREZ GALDÓS. Señoras: es para mí un alto honor...

ISABEL II. (Seca.) Eugenia, no te me compongas los volantes (A GALDÓS.) Sigue tú, guapo.

PÉREZ GALDÓS. Decía que es para mí un muy alto honor, como escritor y español, ser recibido por las dos mujeres españolas que más han influido en los destinos modernos de la Europa eterna...

ISABEL II. (Abanicándose mucho; enloquecida.) ¡Ay, ay, qué pico de oro!

EUGENIA DE MONTIJO. «La segunda casaca», «El terror de 1824» y «Los cien mil hijos de San Luis»

ISABEL II. ¿Qué pasa?

EUGENIA DE MONTIJO. ¿No las has leído? y «Cádiz», «Zaragoza» y «Bailén», «Trafalgar» y voy por la mitad de «Gerona».

ISABEL II. Pues ¡has viajado tú más que cantinera de cuartel.

EUGENIA DE MONTIJO. Son títulos de obras del señor ¡Ay, Isabel, tú y la cultura! También he leído «Doña Perfecta», «Gloria», «La familia de León Roch»; pero, de todas, mi preferida es «Marianela».

ISABEL II. (Dándole un abanicazo.) ¡Eugenia, se acabó! Este señor

es mío, y el té, y el sillón, y la conversación.

EUGENIA DE MONTIJO. (*Mala.*) ¿Y Fifito Puñonrostro?

ISABEL II. ¡Aún no ha venido!

EUGENIA DE MONTIJO. (*En pie.*) Pues hija, entonces me voy.

ISABEL II. (*Rápida.*) Te acompaño. (*Y cruza como el rayo hacia la salida.*)

EUGENIA DE MONTIJO. (*A GALDÓS.*) El lunes doy una fiesta de gran gala en las Tullerías; queda usted invitado, señor Pérez Galdós. Allí le presentaré a Napoleón tercero, Emperador de todos los franceses, mi marido; así que... hasta el lunes, señor Pérez (*Hace intención de irse, volviéndose.*) ¡Ah...! Señor Pérez Galdós... (*ISABEL II casi empujándola. Mutis de las dos.*) Galdós. (*GALDÓS la mira atónito. Han salido ISABEL y EUGENIA DE MONTIJO. PÉREZ GALDÓS mira las fotos -docenas, en preciosos marcos de distintas formas y tamaños- que hay sobre la repisa de la chimenea; fiska. Entra FERMÍN con el servicio de té.*)

PÉREZ GALDÓS. (*Alzándolo.*) ¿Este retrato es de la ceremonia de abdicación?

FERMÍN. Sí: se firmó, como ve, en este mismo salón. (*Por el té.*) ¿El té con leche o limón, señor Pérez Galdós?

PÉREZ GALDÓS. Como lo tome su Majestad.

ISABEL II. (*Entrando.*) ¡Con cazalla! Ay, esa pobre Eugenia, está completamente tururú. (*Imitándola.*) «Le presentaré a mi marido el emperador». ¡Pero si le echaron también del trono! Y encima se le ha muerto hace mil años (*Se sienta.*) Pues no hay quien le diga la verdad. (*FERMÍN sale.*) Dicen que se pone como loca. Y la comprendo. Porque es duro esto nuestro. (*Despendolada.*) Si es que nos están echando a todas: es como una epidemia. (*Por la multitud de fotos de la chimenea.*) ¿Ves esos retratos? Un cementerio. Ay. De seguir así no va a quedar en Europa títere con corona.

Porque mucho me temo que hasta al Zar de Todas las Rusias un día le van a dar un buen susto. (*Cogiendo la taza de té.*) Pues aquí me tienes dispuesta a soltar el carrete: porque a eso has venido ¿no? a sonsacarme. (*Bebe.*)

PÉREZ GALDÓS. Sobre ciertos detalles de Vuestro reinado, sí.

ISABEL II. «Sé que lo hice mal, muy mal. No debo rebelarme contra las críticas. Pero no fue mía toda la culpa, de las cuestiones de gobierno ni me enteré» con la vida que llevaba. Y además, que fue una sofocación: una guerra civil, dos revoluciones, tres atentados, ocho pronunciamientos y... ¡cuarenta gobiernos, que se dice pronto! Y en todo aquel laberinto yo andaba palpando las paredes, pues no había luz que me guiara. Si alguno me encendía una vela, venía otro y me la apagaba. Empieza por donde quieras.

PÉREZ GALDÓS. Pues verá, Majestad, hay varias cuestiones, en fin, se dicen tantas cosas... que no sé por dónde empezar,

ISABEL II. Al grano.

PÉREZ GALDÓS. Perdona Majestad... pero... ¿fue verdad vuestra participación en los chanchullos de la Bolsa, y en la estafa del Ferrocarril del Norte?

ISABEL II. (*Asombrada.*) ¿Has venido a hablarme de dinero, a mí, la reina de corazones?

PÉREZ GALDÓS. También podremos hablar de vuestros amores y de vuestro divorcio.

ISABEL II. ¿Lo ves? En lo de mis amores y el intento de divorcio y sus motivos tienes un clarísimo ejemplo de algo que no fue culpa mía, sino de los que me casaron. Querían para mí un matrimonio blanco; vamos, que yo no pudiera tener hijos para que sin más guerras, el tío Carlos, o sus descendientes los carlistas, se quedaran con el trono, y todos tan contentos. Menos yo, que tenía que pasar virgen de la cuna a la mortaja. Y para lograrlo ¡hala! me casaron con mi primo Francisco de Asís, que era tal que todo Madrid le

cantaba coplillas. Tú sabrás alguna.

PÉREZ GALDÓS. Sí.

ISABEL II. Pues dila (*GALDÓS duda.*) y así entramos en confianza.

PÉREZ GALDÓS. Majestad... yo...

ISABEL II. ¡Te lo ordeno!

PÉREZ GALDÓS. No me atrevo.

ISABEL II. (*Definitiva.*) ¡Te lo ordeno!

PÉREZ GALDÓS. (*Pudoroso.*)

«Paquita Natillas
es de pasta floja, y...

(*Se calla.*)

ISABEL II. (*Concluye.*)

¡Y orina en cuclillas
como una señora...!»

ISABEL II. ¡Con eso me casaron! Así que se quedaron todos secos, con los ojos como platos, cuando quedé embarazada; y ¡diez hijos he tenido! Otra pregunta.

PÉREZ GALDÓS. Y... ¿tuvisteis alguna responsabilidad en el fusilamiento del General Diego de León, al que el pueblo amaba con delirio y aclamaba como un héroe?

ISABEL II. (*Profunda.*) Se había sublevado. Asaltaron Palacio. Llegaron hasta mi cuarto. Yo era una niña. Me desmayé de miedo. Hubo un consejo de guerra. Fue condenado a muerte. Yo le pedí clemencia al General Espartero; pero no me hizo caso. Dios mío (*Se oye una descarga.*) Aquella descarga... ¡jamás podré olvidarla!

PÉREZ GALDÓS. ¿Y en relación con la terrible tragedia que vuestro tren (*Se oye el silbido de un tren.*) provocó a su paso por el pueblo de Daimiel...?

ISABEL II. (*En pie, aterrada.*) ¡Mentira! (*Se oye el tren que se acerca.*) ¡Todo lo que se dijo, mentira!

PÉREZ GALDÓS. Todos los periódicos dijeron que las ruedas de vuestro tren mutilaron horriblemente a docenas de personas que habían acudido a vitorearos. (*El tren avanza, se agiganta.*)

ISABEL II. (*Alucinadamente.*) ¡Pero no fue mía la culpa, sino de la noche y la nieblaaa...!

PÉREZ GALDÓS. ¿Por qué no parasteis el tren para auxiliar a los heridos?

ISABEL II. (*Grita.*) ¡Pero si yo iba dormida y nadie me avisó de lo ocurrido!

PÉREZ GALDÓS. ¿Es cierto que al partir al exilio dijisteis: «jamás volveré a esta tierra que tanto me ha hecho sufrir»?

ISABEL II. ¡Nooo! ¡Mentira!; al contrario, no cesé de gritar: «parad este tren; paradlo, que me quiero bajar. (*Ruido de frenos, bocanada de humo. Ha entrado un general que pone una capa de viaje sobre los hombros de ISABEL.*) ¡No saldré de España, general! ¡Que bajen mis hijos! Regresaré con ellos a Madrid». (*Se vuelve.*)

GENERAL. No es posible ya, señora. Subid de nuevo al tren.

ISABEL II. (*Grita.*) ¡Nooo! (*Entra SOR PATROCINIO con un bolsón, un envoltorio como de bebé y capa sobre los hábitos. La toma.*) Que alguien vaya al pueblo y diga a todos que expulsan a su reina. Que vengan y me defiendan.

SOR PATROCINIO. Ya han ido a avisar.

GENERAL. Lo que intentáis es sumamente peligroso.

ISABEL II. Para los que me expulsáis, no para mí. Las otras veces no me moví de Madrid y salvé mi trono.

GENERAL. Esta vez el pueblo se ha levantado contra la corona.

ISABEL II. ¿Contra mí? ¡Mentira!

GENERAL. Más aún, contra toda la dinastía. La revolución ha ganado la batalla decisiva de Alcolea.

ISABEL II. Pero perderá la guerra.

SOR PATROCINIO. (*Asustada.*) Una guerra civil no la desea nadie. Lo perderías todo, ¡hasta la vida!; lo dice el bando que ha publicado la junta de Madrid. (*Se oyen campanas tocando a rebato.*)

ISABEL II. ¿Oís?; pronto vendrá todo el pueblo a salvarme.

GENERAL. (*Leyendo.*) «Declaramos enemigo público y reo de traición a cualquiera que oponga resistencia, reserva o ambigüedad a la expulsión del país de la familia Borbón en todas sus líneas y ramas».

ISABEL II. (*Feliz.*) ¡Veo un mar de antorchas que se acerca! (*La escena se va iluminando en rojo.*) ¡Aquí..! (*Y sale.*)

GENERAL. (*Leyendo.*) «...y al que se oponga a la reconstrucción política de España y a la soberanía del Pueblo».

ISABEL II. (*Le quita el papel.*) Mira lo que hago con tu decreto, general. (*Lo rompe.*) ¡Aquí! (*Y avanza hacia las voces de la multitud que se oyen cada vez más cerca.*) ¡Aquíí...!

GENERAL. Vais hacia vuestra perdición.

ISABEL II. Quiero salvar la corona.

GENERAL. Aún hubiera sido posible sin el escándalo de este verano. El país era ya un volcán de barricadas. ¿Y qué hacía la familia real? Veranear en Lequeitio y vos en fiestas, en compañía de Marfori, vuestro amante. (*Se oyen más cerca las voces.*)

ISABEL II. Ya están aquí mis salvadores; les haré subir al tren y con antorchas y canciones regresaremos a Madrid. (*Voces mas fuertes.*) *La escena se ilumina más y más en rojo por la luz de las antorchas. Entra SOR PATROCINIO. Dando a SOR PATROCINIO el bebé que lleva en brazos. Va a salir de escena.*

SOR PATROCINIO. (*Grita.*) ¡No salgas, Isabel! Están gritando... (*Llorando.*) «Abajo los Borbones, viva la libertad y viva la República».

ISABEL II. ¡No es verdad! (*Escucha las voces, es sólo un gran rumor indescifrable.*) ¡Lo es!

SOR PATROCINIO. (*Al soldado.*) ¡Vamos! (*El soldado lo hace.*) Ven, Isabel.

ISABEL II. ¡No! ¡No me iré! ¡Dame mi hija! (*La toma.*)

SOR PATROCINIO. Piensa en ella y en tus otros hijos.

ISABEL II. En sus derechos pienso.

SOR PATROCINIO. ¡Salva sus vidas y la tuya! (*Se oyen golpes.*)

GENERAL. Si tardáis un minuto más, arrastrarán vuestro cadáver y los de vuestros hijos bajo las ruedas del tren, ¡como en Daimiel!

ISABEL II. ¡Nooo! ¡Mis hijos, no! (*Se arrodilla.*) Ay, niña mía, di conmigo: ¡Adiós, España! (*Besa la tierra.*) Que me perdonen, porque nos vamos (*Se oye el ruido del tren que avanza.*) Pero... ¡volveremos!, ¡juro que volveremos! (*Se oye alejarse el tren mientras ISABEL arrodillada, abraza a su hija, sollozando.*)

(*Oscuro. Empieza a oírse el aria «Casta Diva» de la ópera «Norma» de Bellini.*)

ESCENA SEGUNDA

(*Antes de darse la luz se oye cantar «Casta Diva» de «Norma». Luz. Entra SOR PATROCINIO con maletín de viaje, detrás la sigue FERMÍN con dos bolsones.*)

SOR PATROCINIO. Y ¿cuántas veces ha venido aquí de visiteo ese escritor de izquierdas y masón?

FERMÍN. Una sola, Sor Patrocinio, hace tiempo; y la de hoy.

SOR PATROCINIO. (*Feroz.*) No me mientas, Fermín.

FERMÍN. (*Asustadísimo.*) ¡Por Dios, Sor Patrocinio! ¿Mentirle yo a vuestra reverencia?

SOR PATROCINIO. Esa insensata. Un republicano aquí, en el Palacio de Castilla, que es como meter la zorra en su propio gallinero; y yo tenerme que enterar de todo por los periódicos; ¿dónde está?

FERMÍN. ¿Su Majestad? En el salón.

SOR PATROCINIO. El masón.

FERMÍN. Con los demás invitados, oyendo cantar a la Legrand.

SOR PATROCINIO. ¿Y a santo de qué es el copetín?

FERMÍN. Es el cumpleaños de su Majestad.

SOR PATROCINIO. Ya... ya... ¿Quiénes están?

FERMÍN. Sólo los íntimos.

SOR PATROCINIO. ¿Y quién es este Joseph Haltman?

FERMÍN. Un austríaco de nacimiento y judío de religión.

SOR PATROCINIO. ¿Y por qué le ha nombrado administrador general? ¡En los vivos cueros la van a dejar! Ve a avisarla de que estoy aquí (*Sale FERMÍN.*) A ver cómo ha ido el ajeteo de sábanas en mi ausencia. (*Abre el baúl.*) ¡Ah!, además de cojines, libros, o sea, que, ahora, además de lo suyo, ¡lee...! ¡Qué escándalo! (*Lee el título.*) «Miau» ¿Miau? (*Lee.*) «Torquemada en la hoguera» ¡Jesús! (*Entra ISABEL, viste traje de fiesta, banda y diadema de brillantes.*)

ISABEL II. (*Que entra riendo. La ve.*) Patro, qué sorpresa; un beso.

SOR PATROCINIO. El de Judas.

ISABEL II. ¿Qué he hecho esta vez?

SOR PATROCINIO. Por los periódicos me he tenido que enterar.

ISABEL II. ¿De qué?

SOR PATROCINIO. Dejarme tirada en los baños, mientras tú has estado en España de bureo. (*Muestra el periódico.*)

ISABEL II. Horas. Como una criada de permiso y vuelta a casa. Y que tú atraviesas la frontera y comparado con lo que a ti te hace Cánovas... lo de la Juana de Arco y su hoguera, un grano en un tobillo. Por cierto, me pegué con Montpensier, en pleno Alcázar de Sevilla.

SOR PATROCINIO. ¿Por qué?

ISABEL II. Con lo que le odio y el asco que me da, vino a decirme, muy puesto, que si mi hijo, ¡mi hijo!, le estaba haciendo ojitos a la boba de su hija María de las Mercedes. Me encampané y... ¡nos dijimos hasta el precio!

SOR PATROCINIO. Pues la nena dicen que es mona.

ISABEL II. Contra ella no tengo nada, pero esa boda jamás la consentiré. (*Entra PÉREZ GALDÓS, viste frac.*)

PÉREZ GALDÓS. (*Entrando.*) Oh, perdón (*Y va a salir.*)

ISABEL II. No te vayas, Benito, que quiero presentarte aquí a una amiga.

SOR PATROCINIO. ¿Yo dejar que un republicano, anticlerical me sobe el cordón? Ay, (*Se cae sentada.*) ¡que me viene el éxtasis! ¡Ayyy...!

ISABEL II. Pensar Patro que tú -¡a través mío, pero tú!- has gobernado España treinta y cinco años. Tú, que eres una monja de las que piensan que enjabonarse el cuerpo es pecado mortal.

SOR PATROCINIO. Si es con las manos, sí.

ISABEL II. Pues hija ¿con qué, si no? A no ser que la enjabone a una un buen cochero con unos buenos...

SOR PATROCINIO. ¡Isabel... !

ISABEL II. ¡Bigotes! Y, además, que si mi hijo recibe escritores de izquierdas en Madrid, ¿por qué no yo, aquí, en París?

SOR PATROCINIO. (*Sardónica.*) A tu niño te lo van a plantar en la calle, no los de izquierdas, que esos ya te plantaron a ti, sino los nuestros.

ISABEL II. (*Desgarbada.*) Si vuelves a mentar lo de que echan al niño, te embalsamo. Esas maldiciones ni se pronuncian, que se cumplen; víbora. Ven conmigo a la reunión. Hay varios hombres encantadores.

SOR PATROCINIO. Hija, lo tuyo... A propósito, ¿qué te pasa a ti con este Joseph Haltman?

ISABEL II. (*Definitiva.*) En mis sábanas no te metas; y, además, que ahora mismo voy a darle el finiquito, que a las diez me empieza Ramirito de la Puente que es un sol. Mujer, ponte moderna, y tomamos un tentempié aquí los cuatro tan ricamente.

SOR PATROCINIO. ¿Alternar yo con un judío, que mató a Cristo, y con un republicano que nos echó del trono, que es peor?

ISABEL II. No te me hagas la estrecha, Patro. Además que pasaron los tiempos en que a base de que ponías los ojos en blanco y sangrabas como un cristo, quitabas y ponías ministros que daba gusto. Voy a despedir a esa gente. (*Inicia salida.*)

SOR PATROCINIO. ¿No irás a dejarme a solas con él?

ISABEL II. A ver si le conviertes.

SOR PATROCINIO. ¡Ah! (*Secreta, a FERMÍN.*) Sírvale al horrible masón media docena de estas yemitas de Santa Teresa. (*Y le da el paquetito. Sale FERMÍN.*)

PÉREZ GALDÓS. De modo que es usted la famosísima Monja de las Llagas.

SOR PATROCINIO. (*Buscando en su bolso.*) ¡Sin recochineo! Y espere, que aún no estoy preparada. (*Sacándolos.*) ¡Mi detente. Mi

rosario. Mis escapularios, mi hisopo; y... el libro de exorcismos!
(*Deja de oírse la canción «Casta Diva».*)

PÉREZ GALDÓS. Por curiosidad; ¿cuántos gobiernos hizo y deshizo usted?

SOR PATROCINIO. ¡Uuuff...! ¡Uuuff...! Llamaba yo a un ministro, le miraba así; y ya sabía.

PÉREZ GALDÓS. Se dice que su padre, Diego de Quirogas, se hizo liberal furibundo.

SOR PATROCINIO. ¡Ay, qué calumniaaaa...!

PÉREZ GALDÓS. Y hay quien dice que fue masón.

SOR PATROCINIO. (*Los ojos al cielo.*) ¡Más sufriste tú en la cruz!

PÉREZ GALDÓS. ¿No fue en el convento de Caballero de Gracia donde el capuchino Alcaraz (*SOR PATROCINIO da vueltas alrededor de PÉREZ GALDÓS, rezando latines mientras le asperga con agua bendita; mientras...*) le dio las falsas reliquias -bueno en realidad productos químicos- que, al aplicarlas sobre las manos y pies le hacían brotar los estigmas sangrantes?

SOR PATROCINIO. Tú sigue, que como me salga bien el exorcismo, me sales de aquí levitando.

PÉREZ GALDÓS. ¿Era el demonio el que la llevaba de noche de viaje por los tejados donde la encontraron al amanecer? ¿O era el Gobernador Civil de Madrid, Olozaga, el que la llevaba de noche y no a los tejados, precisamente? Él confesó al tribunal que la amaba a usted ardientemente.

SOR PATROCINIO. (*Rabiosa.*) ¡Pero yo no cedí! «Que me amaba y que...» ¡Ja! De sobra sé yo lo que es un político español. Mucho prometer y nada dar. Medrar quería. ¡Desagradecido! Él y todo el país: que anda manga por hombro desde que me fui.

ISABEL II. (*Entrando con un cojín.*) Desde que nos echaron, Patro. Ya se fueron (*Muestra la pitillera de oro.*) Ya despaché a Haltman (A

FERMÍN.)

SOR PATROCINIO. ¿Otra yemita?

PÉREZ GALDÓS. Ya he comido, gracias.

SOR PATROCINIO. ¿Y no siente ya como un algo?

ISABEL II. (*Guarda el cojín en el baúl.*) Al museo. (*Y cierra la tapa con gran golpetazo.*) ¿De qué estabais hablando?

SOR PATROCINIO. (*Epopéyica.*) De que España siempre fue una desagradecida. ¿Recuerdas lo de la estatua?

ISABEL II. Como para olvidarlo. (*SOR PATROCINIO sale.*)

PÉREZ GALDÓS. ¿Qué es eso de la estatua?

ISABEL II. Pues verás... Después de que me casaron -con la Paca- me prometieron...

SOR PATROCINIO. Con toda la mala baba...

ISABEL II. Hacerme una estatua en cuanto tuviera un heredero...

SOR PATROCINIO. (*Entrando con el cojín y la caja de bordar.*) Total que pasaron meses; y ya desesperaban de que eso, cuando ¡zas!, aquí la nena quedó embarazada.

ISABEL II. Que follón armaron de «Te Deums» y cohetes.

SOR PATROCINIO. (*Cortándola.*) Y como lo prometido es deuda, le empezaron a hacer la estatua aquí, a la nena.

ISABEL II. Yo era feliz, posando, preparando canastillas, cunas.

SOR PATROCINIO. (*Cortándola.*) Y al fin quedó la estatua preciosísima. ¡Con qué fiestas la inauguraron! Se puso la nena de parto y, nació... un niño.

ISABEL II. Sí, un niño que murió a las pocas horas...

SOR PATROCINIO. Qué culpa tenía ella, ¿no?

ISABEL II. Pues a los diez días, ¡me quitaron la estatua! ¡Esto es

España!

SOR PATROCINIO. Así que fíjese. ¿Otra yemita?

PÉREZ GALDÓS. Gracias.

ISABEL II. Menos mal que enseguida me volví a quedar embarazada; y, al fin, nació María Isabel, la chata, una flor de tres kilos al nacer.

SOR PATROCINIO. Mucha flor; pero ¡qué noche nos diste!, que empezó el ajetreo a las diez de la mañana. Que ya, el palacio era un apretón de grandes de España. Las calles un gentío. Las monjas de todos los conventos con el santísimo expuesto. Y los sacristanes de todo el país así... (*Alza los brazos.*) con las cuerdas de las campanas. ¡Veintidós horas así!

ISABEL II. Y la pobre Paquita mía -mi marido- con la bandeja de plata con que mostrar al recién nacido a la corte esperando a la puerta de la alcoba, así.

SOR PATROCINIO. Que la tuvieron que afeitar dos veces. Total, que cuando estábamos todos derrengados, a las ocho de la mañana del día siguiente ¡zas! vino al mundo la infanta María Isabel.

ISABEL II. ¿Y sabe lo que dijo el General Castaños? Entre dientes, pero que yo lo oí, cuando le mostré la niña: «Todo sea por Dios, mala noche y a parir hembra hija». Pues eso ha sido la historia de mi vida: yo a deslomarme por todos, mal pagada y peor...

SOR PATROCINIO. ¡Isabel!, ni que te hubieran tratado mal a ti sola: lo que yo tuve que aguantar.

ISABEL II. Y es que el pueblo español es tan chusco; los madrileños sobre todo, tienen una gracia tan repajolera.

SOR PATROCINIO. Pero con una mala baba...

ISABEL II. ¡Ay, mis madrileños! En cuanto me veían en la calle venían corriendo en manada, y me rodeaban gritándome: «¡Viva la reina! ¡Viva Isabel!». Pero con unos meneos, y «un tráela para acá», y «este brazo es mío», y un ahogo, y un todo, que yo tenía que

gritarles: «¡eso, viva! ¡dejadme ir viva, leñe!» Entonces me querían, pero, no creas, eran muy suyos. A veces tiraban cada indirectaaa... (*Tira del cordón.*)

SOR PATROCINIO. Con una mala baba...

ISABEL II. Un día en la plaza de toros, ay -toreaban Lagartijo y Frascuelo-. (*A FERMÍN que entra.*) Trae de la vitrina el abanico azul.

SOR PATROCINIO. (*Cursi.*) ¡Frascuelooo...! (*Los ojos en blanco.*)
¡Qué tarde de peinetas, de olés y claveles reventones!

ISABEL II. Pues los de la peña más famosa -los del tendido 6- me regalaron un abanico precioso, pintado, con varillas de nácar. (*Por el que trae FERMÍN.*) Éste. Toda la plaza, que debía estar en el secreto, aplaudía y gritaba...

SOR PATROCINIO. (*En pie; las manos haciendo bocinas.*) «¡Que lo lea en voz alta; que lo lea en voz alta ¡por los dos ladoos...!»

ISABEL II. (*Dándoselo abierto a GALDÓS.*) Lee, lee lo que yo leí a gritos con toda la plaza en silencio.

PÉREZ GALDÓS. (*Leyendo.*) «Viva la Monarquía» (*Vuelve e/ abanico.*) «Constitucional».

(*ISABEL deja el cojín y sale hasta su alcoba.*)

SOR PATROCINIO. ¡Qué le manda madre! (*Ofreciéndole.*) ¿Otra yemita? Cómame.

PÉREZ GALDÓS. Ya he comido.

SOR PATROCINIO. (*Que espera el milagro.*) ¿Y no empieza usted a sentir un algo...? Pues no entiendo, me los hago traer de Ávila, si es que adulteran ya hasta lo más sagrado.

ISABEL II. (*Entrando con una sombrerera y una arqueta.*) Y un día salí muy de mañana a comprarme unos pañuelos. Y en cuanto me vieron apearme de la carroza, todo el mercado se puso a seguirme en tropel gritándome que si «guapa», que si «chula»; y ¡zas! me

tiraron encima diez palomas blancas con los cuellos engalanados con cintas de colores.

SOR PATROCINIO. (*Despendolada.*) Pero ¡con los colores de la bandera republicana!

ISABEL II. Éstos (*Saca varios de la arqueta.*) O sea: «Viva tu madre», sí pero... ¡ya sabes! (*Dádosela. Saca un sombrero de la caja.*) ¡Cuántos recuerdos!

SOR PATROCINIO. ¡Ay! no sé como conservas eso. (*ISABEL va ante el espejo y se pone el sombrero ante él con nostalgia.*) Había estrenado la pobre ese sombrero tan precioso, aquella misma mañana.

ISABEL II. Iba yo en carroza abierta y de pronto ¡zas! un ramo de flores que me tiran. Lo cojo, pero se me cae. «Qué pena, digo» y voy a asomarme para decir: «Es mío, dádmelo»; cuando ¡Bum...! estalló la bomba que iba dentro.

SOR PATROCINIO. Regreso a Palacio como loca, gritando: «Patro, bájate del éxtasis y ayúdame; que me acaban de dar un atentado que por poco no lo cuento». Venía negra de pólvora y gritaba: «Mira el agujero que me han hecho en el sombrero».

ISABEL II. (*Dándole el sombrero.*) ¿Lo ves? Aquí. Pero ¿por qué tanto empeño en mandarme para el otro barrio? -me preguntaba yo-. (*Tierna.*) ¿No estarías tú, también, tramando algo?

PÉREZ GALDÓS. ¡Majestad!

SOR PATROCINIO. Pues nada, que nos ponían de bombas perdidas.

ISABEL II. Porque no te puedes tú imaginar cómo estaba aquello de terrorismo.

SOR PATROCINIO. ¡Ayyy...!

ISABEL II. Creerás que esto es de ahora. Ya, ya.

SOR PATROCINIO. ...comparado con aquello, lo de ahora... una

calma chicha de aburrirse.

ISABEL II. ¡Tuve yo de atentados!

SOR PATROCINIO. ¡Huy! ¡Tuvimos... !

ISABEL II. ¡Y de golpes de Estadooo...!

SOR PATROCINIO. ¡Huyy... !

ISABEL II. ¡Tuve...!

SOR PATROCINIO. (*Rabiosa.*) ¡Tuvimos! (*Súbitamente.*) Pero bueno ¿yo aquí dando palique al horrible masón? (*Definitivamente.*) Adiós. Me retiro a mi habitación.

ISABEL II. (*Que salía con la sombrerera hacia su alcoba.*) Va a sacarnos en un libro.

SOR PATROCINIO. ¡Ah, sí! ¿A ti también?

ISABEL II. A mí también. (*Sale ISABEL.*)

SOR PATROCINIO. Pues podías haberlo dicho antes. (*Corre, solícita, sentándose al lado de GALDÓS.*) Lo sé todo.

PÉREZ GALDÓS. ¡Ah, sí!

SOR PATROCINIO. (*Hecha un dulce.*) Todo... No es por nada, pero... más que ella. Ella presidir y firmar, pero el mangoneo político y el todo, yo...

PÉREZ GALDÓS. (*Evasivo.*) No sería tanto...

SOR PATROCINIO. (*Suplicante.*) ¡Tíreme de la lenguaaaa...!

PÉREZ GALDÓS. Por ejemplo... ¿Qué sabe usted del Ministerio Relámpago?

SOR PATROCINIO. Cosa mía todooo...

PÉREZ GALDÓS. ¿Es que conocía usted a Cleonard de antes?

SOR PATROCINIO. Pero ¿quién cree que le hizo presidente del Gobierno a aquel idiota? ¡Servidora!

PÉREZ GALDÓS. Y ¿por eso, por idiota, le echó usted a la calle al día siguiente?

SOR PATROCINIO. ¡Huy! Por eso aún seguiría, no.

ISABEL II. ¡Ay...! ¡Ese tren..!

SOR PATROCINIO. ¡Isabel!

ISABEL II. (*Tambaleándose.*) ¡Algo va a ocurrir!

SOR PATROCINIO. Isabel ¿qué te pasa?

ISABEL II. (*Se tapa los oídos.*) Bastaaa... ¡Parad ese tren!

FERMÍN. (*Entrando.*) ¡Majestad!: un telegrama urgente desde Madrid.

ISABEL II. ¡Lo sabía!: es de mi hijo el Rey.

FERMÍN. Sí.

ISABEL II. (*Alucinada; al vacío.*) ¿Por qué sé, también, lo que me dice? ¿Por qué?

SOR PATROCINIO. (*Leyendo.*) Ven urgente a Madrid. Debes hablar...

ISABEL II. (*Como ida.*) Con Montpensier. El ocho... pido la mano de María de las Mercedes. Me caso con ella con tu consentimiento o sin él. ¿Dice eso?

SOR PATROCINIO. (*Que lo ha leído todo. Atónita.*) Sí.

ISABEL II. (*Grita.*) ¡Con una Monstpensier no, hijo! ¡No iré a la boda! ¡No iré ni atada! y... ¡jamás jamás te lo perdonaré! (*El ruido del tren se agiganta hasta parecer que cruza el escenario. Oscuro.*)

ESCENA TERCERA

(*Por una ventana lejana, sobre una luz azul de mañana lluviosa y fría,*

se oye lejos la canción: «Dónde vas Alfonso XII» cantada por un coro de niñas. Los muebles tienen fundas blancas. Maletas y cajas por el suelo, un caballo de madera sobre balancín, un tambor, soldados de juguete; ambiente de viaje. Cruza FERMÍN con maletas. Entra PÉREZ GALDÓS con un candelabro con cinco velas encendidas.)

FERMÍN. Perdóneme, señor Pérez Galdós. ¿Ha logrado convencer a su Majestad?

PÉREZ GALDÓS. Aún no he podido hablarle de eso. ¿Qué han dicho los médicos?

FERMÍN. Que de ninguna manera debe ponerse de viaje su Majestad; pero ella insiste, insiste: ¡su deseo de volver a España es tan grande! ¡Intente usted convencerla, por Dios vivo!

PÉREZ GALDÓS. Lo intentaré, Fermín; se lo aseguro. ¿Quiénes son esas niñas que cantan al fondo del jardín?

FERMÍN. Hijas de emigrantes españoles; la quieren tanto todos. Vienen con sus padres todos los días y ahí se quedan bajo la lluvia o la nieve; y hasta que no la ven saludarles desde una ventana, no se van. Durante meses no ha querido recibir a nadie. Está siempre, como ahora, encerrada en la capilla, rezando (*Se le quiebra la voz.*) Perdóneme, señor Pérez Galdós, que insista una vez más; debe impedir que su Majestad salga de viaje. Está muy mal. Y es que han sido tantas desgracias y en tan poco tiempo; y usted tiene mucho ascendiente sobre ella.

PÉREZ GALDÓS. Cuidado, aquí llega.

(*Entra ISABEL.*)

ISABEL II. ¿Qué cantan esas niñas locas? (*Se oyen fuera voces de niñas cantando el romance: «Dónde vas Alfonso XII, dónde vas triste de ti»*)

(*Se abre la puerta de primer término izquierda -la que da a la capilla- y entra por ella GALDÓS. Trae en alto un candelabro con cinco velas encendidas. Queda esperando un momento. Entra al fin ISABEL,*

santiguándose; en la mano el misal y el rosario. Viste de luto. Mantilla a la cabeza. Avanza unos pasos. Queda escuchando.)

ISABEL II. ¡Ay, triste es el romance, y viejo! ¿No saben esas niñas locas que también se me ha muerto mi hijo Alfonso? (*Canta con ellas.*) «Cuatro duques la llevaron» (*GALDÓS cruza.*) No enciendas, Benito. Me duelen los ojos, de tanto llorar.

PÉREZ GALDÓS. Iba a cerrar la ventana.

ISABEL II. (*Quitándose la mantilla.*) No, déjalas. Me lo recuerdan. (*Sacándolas de una caja. Encontrando lo que buscaba.*) Aquí está lo que buscaba (*Lo saca.*) su faldón de cristianar. (*Lo toma en brazos.*) Así lo llevaba yo. Crecen luego tanto. Les tienes así, y, en un vuelo, hay que alzar la cabeza para encontrar sus ojos. Feliz como yo, no había mujer y de pronto se me han desplomado todos los dolores del mundo, como carretones de piedras. Mi Alfonsito de mi alma: mi Rey, mi ángel. Cómo se me fue. ¡Y estando yo allí! ¡En Madrid! (*Rabiosa.*) Yo y todos en la ópera y él... ¡agonizando en el Pardo! «Para no alarmar al pueblo», me dijeron. ¡El pueblo! (*Alucinada.*) Aún me veo alzarme y gritar por encima de la orquesta: «Mi hijo se está muriendo; y le dejan morir solo como un perro». Llegué a su lado con sólo el tiempo de acunar su agonía. Así, su cabeza en mi brazo, yo le cantaba: «duerme, mi amor, sin temor». Pero ya estaba allí la loba muerte, tirando de él con todos sus dientes: «dámelo». Y yo: «no...; no, llévame a mí, a él., no». Pero me lo llevó. Ay, qué pena tan grande. Siempre creí que si llegara a ocurrir yo me moriría de la pena, y ya ves, Benito, no; condenada a vivir. Mira los juguetes de mi pobre hijo... Sus soldaditos de plomo, su primer tambor... ¿Quién le regalo este caballito de madera...? Se montaba encima y yo le decía: arre caballito, dile tú también, arre... ¡hijo mío...! y él decía... aleito... alee... (*Se desvanece.*)

PÉREZ GALDÓS. (*Acudiendo.*) Majestad. (*Le alza la cabeza.*) Majestad. (*Cruza.*)

ISABEL II. (*Volviéndose en sí.*) ¿A dónde vas, Benito?

PÉREZ GALDÓS. A avisar a un médico.

ISABEL II. ¡Quieto! ¡Ayúdame! Y... ¡calla, que viene Sor Patro!
(*Cambia de tono.*)

SOR PATROCINIO. (*Entrando.*) Ya están enganchados los caballos.
(*Por el traje de cristianar.*) Dame.

ISABEL II. ¡No! Me lo llevo a Madrid, y pon también los juguetes
para los mellizos.

SOR PATROCINIO. ¡Isabel! Que hay ropa tendida.

ISABEL II. Él lo sabrá, ¿verdad, Benito, que sabes a quiénes me
refiero?

PÉREZ GALDÓS. Sí, Majestad, lo sé.

SOR PATROCINIO. ¿Qué sabe usted?

PÉREZ GALDÓS. Que el Rey Alfonso tuvo dos hijos mellizos con
la cantante Elena Sanz.

ISABEL II. Igualitos son que su padre cuando era niño, como verlo
renacido dos veces.

SOR PATROCINIO. (*Cruzando.*) ¡Ay!, si la pobre María de las
Mercedes hubiera sabido las ausencias que le iba a guardar tu hijo.
Ay. (*Y sale.*)

ISABEL II. Mi hijo era viudo cuando empezó lo de Elena.

SOR PATROCINIO. Sí, sí, pero era... el Rey.

ISABEL II. (*Despendolada.*) Rey o no rey, un viudo es un ponte en
su caso.

SOR PATROCINIO. Isabel.

ISABEL II. Joven, rico, guapo, rey; y, por si fuera poco, hijo mío...
Vamos: que salió a mí.

SOR PATROCINIO. ¿Es que le disculpas?

ISABEL II. ¡Sí! Lo de Elena fue unas vacaciones entre la pobre María de las Mercedes y la abadesa.

SOR PATROCINIO. (*Lela.*) ¿Qué abadesa?

ISABEL II. María Cristina de Hasburgo, que todo hay que decirlo, estaba ya mandada a retirar en el convento de las Damas Nobles de Santa Teresa de Praga. Y, encima, de abadesa.

SOR PATROCINIO. ¿Qué tienes tú contra las abadesas?

ISABEL II. Nada, pero eso marca. Se les queda una cara...

SOR PATROCINIO. Jesús, María y San Pascual Bailón.

ISABEL II. ¡Bailón! ¡Bailón! ¡Qué más quisiera ella! Desde que le eché el ojo, me dije: «Pobre hijo mío; Dios le ampare».

SOR PATROCINIO. (*Atónita.*) No irás a ponerle un pero a María Cristina, esa santa.

ISABEL II. (*La mira.*) Más: santísima, y limpia como una jibia; pero... ¡abadesa! no de las..., cascabeleras; de las de cinturón de castidad con pinchos. Que me va a dar un nieto y no sé cómo, ¡mi pobre hijo! Le di yo, aquí mismo, una fiesta a mi aire, cuando paró aquí camino de Madrid para casarse con mi pobre. Madre qué purgante: a los hombres... así y les miraba uno a uno y luego a mí pero que se veía que pensaba que todos eran, o habían sido, amantes míos; qué más hubiera querido yo. (*En pie, ya está cansada.*) ¡Ay! (*Se tambalea.*) Ayudadme.

SOR PATROCINIO. ¿Lo ves? A la cama. Vamos.

ISABEL II. ¡No! A España, que quiero llegar a tiempo de ver nacer a mi nieto.

FERMÍN. (*Entra sin respiración de la carrera.*) ¡Majestad...! Ha llegado un mensaje a la embajada: su Majestad la reina María Cristina ha dado a luz; ha sido un niño.

ISABEL II. ¡Ah! ¡Un niño! (*Se abraza feliz a SOR PATROCINIO.*)
Quiero que se llame Alfonso, Benito, abrázame tú también (*Se abrazan.*) ¡Ah! (*Llorando.*) ¡Mi hijo el Rey Alfonso XII ha muerto! (*FERMÍN ha salido con las maletas.*) ¡Viva mi nieto el Rey Alfonso XIII! (*Se oyen fuera aclamaciones.*)

FERMÍN. (*Regresando.*) Hay mucha gente en la calle. Piden que salgáis al balcón a recibir sus plácemes.

ISABEL II. Sí, Sí, allá voy; y a España; id bajando las maletas... ¡Ese tren, ese tren...! (*Avanza. Se empieza a oír lejano el tren.*) ¡No! (*Se tapa los oídos.*) ¡Nooo...! (*Se tambalea.*) No puedo.

SOR PATROCINIO. ¿Lo ves? No llegarías viva ni a la frontera.

ISABEL II. Tienes razón; y necesito vivir para verle algún día; quítame la capa. (*SOR PATROCINIO sale por el fondo.*) Y que cierren también todas las puertas. (*Se hace el silencio.*) Ay, (*Se sienta.*) qué cansada; déjame sola, Benito, pero vuelve mañana.

PÉREZ GALDÓS. Regreso a Madrid hoy, Majestad.

ISABEL II. ¡Ay, qué envidia! (*Tomando en las manos el vestido de cristianar.*) Lleva esto de mi parte a... no. Lo llevaré yo misma en cuanto pueda.

PÉREZ GALDÓS. Adiós, Majestad.

ISABEL II. Adiós, Benito. (*GALDÓS inicia salida.*) ¡Espera! Cuando llegues dile de mi parte a Madrid...

PÉREZ GALDÓS. Sí, que le recordáis.

ISABEL II. ¡No!, que me muero de no ver sus plazas y sus iglesias, ay, ay, mi Virgen de Atocha y de la Paloma; mi Cristo de Medinaceli; (*Se empieza a oír un chotis; enardeciéndose más y más a medida que el chotis se oye más y más fuerte.*) Ay, mi Madrid; qué mal me trató y cómo le adoré; como a un hombre, dile que no sienta remordimientos porque me echó a patadas, que él tenía razón, que ser reina fue un oficio para el que no nací ¡que sí! (*Con*

los brazos tendidos y el echarpe caído por detrás a modo de mantón, está bailando muy lentamente.) Pero... ¡que se entere!, que yo hubiera sido feliz siendo, en él y para él, no Isabel II, Reina de España, sino... «La Isabel» como se dice «La Paloma» más, «La Isabelona» (*El sonido del chotis aumenta.*) lavandera de río con canción o dueña de un tenderete en la Ribera de Curtidores, o mejor aún, siendo, para poder recorrerlo entero, (*Llorando.*) vendedora de flores o de lo que fuera, pero... ¡por todo mi Madrid! (*Alucinadamente.*) Allá voy, con mi cesto de mimbre gritando. (*Avanza, viviéndolo.*) ¡Floreees! y oyéndome vocear desde sus mil balcones (*Llorando a gritos dominando el chotis que llena el teatro.*) «¡Ehhh...! ¡Tú...! ¡Isabelonaaa...!» y yo, «¿qué?» «¿violetas o claveles?», «un manajo de nardos dale al niño», «un real, chaval» ¡Floreees...! Y lilas, de la Casa de caaampooo.. lilas; y los hombres, mis madrileños de mi alma, diciéndome al pasar «así se pisa, morenaza», «ven aquí, tú, chula» «¡Bendita la madre que te parió», «chulaponeaaa», «guapaaaa», «Isabelonaaa...»

(TELON.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(Al alzarse el telón está en escena, sentado, físgando papeles en el buró, el NUNCIO de su Santidad; todo ensotonado en rojo escarlata, capa y solideo de lo mismo; pectoral y sello de amatistas. El sonido del tren ha desaparecido. Se oyen las argentinas campanadas de un reloj dando las horas, es de noche. Entra Isabel II corriendo y descalza desde la alcoba; viene muy puesta, llega como un rayo hacia el espejo. Con

una banda en la mano, los zapatos, que al cruzar tira al suelo; en la otra mano el neceser que también al cruzar deja caer; y se le cae junto al NUNCIO.)

NUNCIO. *(Poniéndose de pie.)* ¿Qué tal sigue su Majestad de sus achaques?

ISABEL II. *(Que ni le ha visto.)* Como un toro, señor Nuncio. *(Mirándose en el espejo el escote.)* Esto ya no es un escote, es un prodigio de la ciencia ortopédica. *(Poniéndose la banda.)* A ver si con la banda se disimula. *(Gira sobre sí misma; exhibiéndose.)* ¿Qué tal estoy?

NUNCIO. Maravillosa como siempre, Majestad.

ISABEL II. *(Ante el espejo.)* Ay, la diplomacia Vaticana. Cuando esté viaja y arrugada me alquilaré un obispo y me lo traeré a vivir conmigo, para que me levante la moral. Y nunca como hoy lo he necesitado tanto. Estar hermosa y entera para el amor de mi vida que pronto entrará por esa puerta.

(Entra muy rápido FERMÍN; trae dos enormes y mullidos almohadones y sale con ellos hacia la alcoba.)

NUNCIO. *(Nerviosísimo, queriendo irse.)* Majestad, me aguardan en la Nunciatura tres embajadores...

ISABEL II. Jamás ha habido nada igual a mi general bonito, qué hombre. Usted mismo, Eminencia, al verle, va a sentir un... algo *(Se estremece.)* ya me entiende.

NUNCIO. Sí, pero yo no, no...

ISABEL II. Huy, ni lo dude, *(Ante el espejo.)* se estremecerá, sentirá palpitos.

NUNCIO. No, vamos, no creo...

ISABEL II. A su lado, todos los demás hombres, un asco *(A FERMÍN que entra.)* ¿Todo a punto en mi alcoba?

FERMÍN. Sí, Majestad.

ISABEL II. ¿Los espliegos, los membrillos y el calentador entre las sabanas?

FERMÍN. Sí, Majestad.

ISABEL II. Pues... ¡sácalo todo, que ya está al caer! (*Al NUNCIO.*)
¿Y si encendiera, además, una vela a San Antonio?

NUNCIO. Y un credo, siempre conviene tener el cielo de nuestra parte.

ISABEL II. Entonces enciéndame, su Eminencia, cinco velas en la capilla. (*El NUNCIO cruza hacia la puerta de la izquierda.*) Y réceme tres credos, que ha pasado mucho tiempo. (*Ha salido el NUNCIO.*) ¿Todo listo, Fermín? (*Y sale al gran balcón. Entra PÉREZ GALDÓS; trae unos libros en la mano, FERMÍN entra en escena desde la alcoba; trae el calentador y dos bolsones.*)

PÉREZ GALDÓS. Pero ¿qué pasa hoy aquí, Fermín?

FERMÍN. Su Majestad espera al amor de su vida, señor Galdós.

PÉREZ GALDÓS. ¡Ah! (*Deja los libros sobre la chimenea.*) ¿A cuál de ellos? (*Pero FERMÍN ya ha salido. Entra el NUNCIO apagando la llama con que encendió las velas.*)

NUNCIO. ¿Fermín? (*GALDÓS se vuelve.*) Oh, perdón. (*Le escruta.*) Su cara no me es desconocida; ¡ah! ya sé. (*Y cruza para dejar sobre la chimenea el cabo ya apagado.*) ¿No es usted el secretario particular de su Eminencia el Arzobispo de Toledo? (*Ve los libros que dejó GALDÓS sobre la chimenea.*)

PÉREZ GALDÓS. (*Socarrón.*) Pues... todavía no.

NUNCIO. (*Atónito. Viendo los libros.*) Me había parecido. O sea que era verdad, dos novelas de ese infame. (*Abre.*) «Tormento», la del cura que deja la sotana por unas faldas. «Nazarín», otro cura y peor, con prostitutas. Y encima con dedicatoria de su puño y letra (*Lee.*) «A mi muy querida amiga, la reina Isabel, de su muy devoto y muy republicano amigo, Benito Pérez Galdós» (A

GALDÓS.) ¿A oído usted? ¡Qué desfachatez! voy a meterle todas sus obras en el Índice.

ISABEL II. (*Entrando desde el balcón; despendolada. Viéndole.*) Ay, Benito, ¿sabes quién viene?

PÉREZ GALDÓS. El amor de vuestra vida, Majestad. Sólo me acerqué a traeros mis novelas, que me dijisteis que os faltaban, y ya me voy.

ISABEL II. No, quédate un minuto, así podrás escribir otra novela de las tuyas (*El NUNCIO y GALDÓS se miran.*) «El reencuentro», qué título. ¿Te han presentado?

PÉREZ GALDÓS. No, pero... ya nos conocemos.

ISABEL II. (*Nerviosísima.*) Ay, mi Serrano, me mareo pensando que, en segundos, voy a tenerle de nuevo para mí. Aquellos bigotazos, aquellas manazas, porque había que verle, qué piernas y qué ojos, Benito, ya lo verás, cuando me entre por ahí, bueno, no, él no entraba, él, ¡se aparecía! Señor Nuncio, recuerdo la primera vez, yo estaba, ni lo sé, vestida, supongo, en Palacio, supongo, qué más da; el ujier dijo: «El general don Francisco Serrano». Se abrió la puerta y oímos el aullido terrible de sus botas, los tres taconazos, me volví y le vi, el sol con uniforme azul ceñido, que le estallaban los brazos y los muslos, le miré y entonces fue cuando lo dijo. ¡Ay...!, ¡qué derrumbe de espejos y de enaguas! Se me subió todo a la garganta como un grito, lela..., me quedé, temblando; y aún lo estoy al recordarlo.

PÉREZ GALDÓS. (*Curiosón.*) Pues ¿qué dijo, Majestad?

ISABEL II. «Se presenta el General Serrano» (*Pausa.*)

NUNCIO. (*Atónito.*) ¿Nada más?

ISABEL II. Ni una palabra más, pero ¡cómo lo dijo! Cuánta pasión, espasmo, sábana y lujuria, en él «se presenta» y cuánta promesa de noches lúbricas en lo de «General Serrano» Yo en aquel tiempo

estaba con no sé qué tonterías ocupada, ¡ah, sí! que me casaba. Y sí, me casé. Con lo que al fin, asegurado el futuro, ya estaba para él expedito el camino hacia mi alcoba. Fue un delirio largo, los años que han pasado y estoy temblando.

FERMÍN. (*Entra; anunciando.*) El general Don Francisco Serrano y Domínguez, Duque de la Torre.

ISABEL II. ¡Ay! Espera. Aún no. Me ahogo (*Y agita el abanico que mueve las cortinas; le tiemblan las pulseras; se le sale el pecho.*) Ay, ay, ay... (*Despendolada.*) Pasa ya, Serrano. (*Entra SERRANO, se apoya, al andar, en un bastón; viene todo encogido; la cabeza reluciente como una bola de billar; viste uniforme azul con banda; trae el espadón arrastrando, las condecoraciones colgantes y el sombrero en la mano arrastrando las plumas. ISABEL no le ve entrar pues está sentada, hierática, dando la espalda a la entrada.*)

GENERAL SERRANO. (*Besándole la mano.*) ¡Majestad!

ISABEL II. (*Sin mirarle aún; muy puesta.*) Hola, Serrano.

GENERAL SERRANO. A... (*Dobla la rodilla.*) vuestros pies (*Y casi se cae.*) ¡Majestad!

ISABEL II. (*Viéndole. Grita.*) ¿Qué es este estafermooo...? Pero... ¿en qué te has quedado, Paco? ¡Qué viejo estás, Serrano! Levántate.

GENERAL SERRANO. (*Aullando; está sordo como una tapia*)
¿Qué...?

ISABEL II. (*Grita.*) Que te levantes.

GENERAL SERRANO. (*Aúlla.*) Es que no puedo.

ISABEL II. ¿A ver...? (*Le ayuda.*) Pero qué viejo. Siéntate.

GENERAL SERRANO. ¿Qué...?

ISABEL II. (*Aúlla.*) No me aúllas a mí, que el sordo eres tú. Siéntate. Que te sientes. (*Le empuja. Le sienta.*) ¿Y tus chicas?

GENERAL SERRANO. (*Sordo como una tapia.*) ¿Qué...? (*Y hace trompetilla con la mano en la oreja.*) ¿Eh?

ISABEL II. (*Grita.*) ¡Las chicaas...!

GENERAL SERRANO. (*Mismo juego.*) Ah, bien. La mayor con dos niños ya, casada, claro.

ISABEL II. (*Normal.*) ¿Y cómo te va?

GENERAL SERRANO. (*Mismo juego.*) ¿Qué...?

ISABEL II. Qué tarde de perros, señor (*En pie.*) ¡En fin...!

GENERAL SERRANO. ¿Prim? el pobre. En la calle del Turco, sí, cuando salía de ver a su querida, una morenaza a la que había puesto un estanco en Hortaleza, dicen. (*Ríe.*)

ISABEL II. ¿De qué se reirá?

GENERAL SERRANO. (*Riendo aún.*) ¿Recuerdas, Isabel, cuando te eché yo del trono? (*Ríe.*) Ay, que me meo de la risa, (*Ríe.*) llevadme a...a... (*Intenta incorporarse.*) Ya no es necesario. (*Sale. PÉREZ GALDÓS y el NUNCIO ríen.*)

ISABEL II. (*Aúlla.*) ¿Qué...? (*En pie. Al NUNCIO y a PÉREZ GALDÓS se les hiela la risa en los labios.*) ¿Cómo os atrevéis a reiros de mi hombre? (*Enfrentándose al NUNCIO.*) ¿Quién eres tú?

NUNCIO. El Nuncio Brunelli.

ISABEL II. Lo sé (*SERRANO se levanta y va saliendo.*) Pero, ¿cuántos Brunellis eres? Porque has estado conmigo y contra mí, con mi tío Carlos y Amadeo, y contra ellos, con Montpensier y con mi hijo, y en su contra, y estás aquí, pero tienes esperando en tu palacio a tres embajadores. ¿A quién nos vas a vender hoy? Ayer fue a Inglaterra; ¿quizá hoy a América? ¿Y mañana? ¡Cuclillos!, que ponéis los huevos en todos los nidos, y ¡hala! a cantar el «Te Deum» y recibir bajo palio al poder que brote primero; y luego, al otro, y a mil; que siempre quedan de retén cien campanarios y

mil botafumeiros con las manos limpias, a la espera, para seguir comiendo como siempre a triscapellejo y en todos los platos. (*A GALDÓS.*) ¿Y tú? (*SERRANO se levanta y sale por la puerta de la alcoba. Mientras...*) ¿Y los tuyos, los intelectuales? ¿Qué estáis haciendo? Tapar las huellas del pasado -como hacen los gatos con la mierda- para medrar con mi hijo, como antes conmigo y con mi madre, y yo que te había perdonado todo. (*Y se sienta hundida.*)

PÉREZ GALDÓS. (*Fiero.*) ¿Perdonarme vos a mí, el qué?

ISABEL II. (*Enfurecida de nuevo.*) Viniste aquí, a meter las narices en mi vida para airear luego en tus libros, que goberné con el corazón. Y mal. Que mis ministros se hincharon los bolsillos y yo también. Y ¿qué hacíais vosotros los que estabais fuera del poder?, gritar ¡«corrupción!».

PÉREZ GALDÓS. ¿Y no la había?

ISABEL II. ¿Acaso ahora que estáis vosotros en él no la hay? ¡Buenos negocietes... estáis haciendo! ¿eh? ¡Hala...! vete a contar todo lo que aquí has visto. A decir que te abrí la puerta y has visto un carnaval. Que sigo siendo para vosotros lo que fui, el gran entierro de la sardina, el elefante con lentejuelas de vuestro circo. ¡Fuera! Corre a arrodillarte ante el trono que es hoy para la mayor parte de los tuyos la bandera para cambiar de bandera y saltar luego a otra, y otra y mil más (*El NUNCIO y GALDÓS han salido.*) Id a deciros los dos, «la hemos visto, la pobre, y su Serrano estaba con ella. Lo fueron todo y son nada (*Llorando a gritos.*) él, un pis; y ella... la vieja alfombra mojada». (*Se abre la puerta de la alcoba y entra SERRANO en escena: viene en calzoncillos largos, las botas puestas, trae puesta una bata. Se miran.*)

GENERAL SERRANO. (*Emocionado.*) Has guardado mi vieja bata durante todos estos años.

ISABEL II. Somos los únicos supervivientes de un naufragio. (*SERRANO se sienta. ISABEL se acurruca a sus pies como una niña.*) Amor.

GENERAL SERRANO. (*Soltándose, grita.*) Que sí te quiero, mujer, pero no insistas, que ya no puedo. Me fallan ya las piernas conque... tengo sueño. Tengo miedo, la muerte se nos acerca cabalgando en su noche, la venteo, si pudiéramos volver a nacer. (*GENERAL SERRANO despertando.*) Cuando empezamos... (*Ríe.*) Bordaste mis iniciales en un cojín para que arrodillado en él, te dijera cosonas.

ISABEL II. (*Dulce.*) Pues he seguido haciéndolo con tus sucesores, ya ves.

GENERAL SERRANO. ¿Quéee?

ISABEL II. ¡Que lo he seguido haciendo con tus sucesores...!

GENERAL SERRANO. No

ISABEL II. Sí; y los he ido guardando ahí, todos.

GENERAL SERRANO. ¿El mío también?, no te creo. Puedo mirar, y así, además, me entero de todo el follonerío.

ISABEL II. Fue tal día como hoy, y a esta misma hora hace ya... un millón de años. Para esto quise que vinieras. Para decirte ¡que te sigo amando! Y que te tenía preparado mi mejor regalo. Mi pitillera de oro. Tú fuiste el primero en tenerla. Recuerdo que el regalo que tú me hiciste fue... un ramito de violetas (*SERRANO, de rodillas frente al baúl -que ya ha abierto-, está sacando el montón de cojines de todos los colores, formas y tamaños.*)

GENERAL SERRANO. ¡Huy! ¡cuantísimos sucesores! (*Lee en un cojín.*) Valldemosa; el músico, sí, fue también tu profesor. (*Lee en otro.*) Miguel Tenorio. (*Lee otro.*) ¿Enriquito Puigmoltó, también? (*Coge otro.*) ¡Francisco Serrano...! ¡Éste soy yo...! ¡Qué cansado estoy!

(*SERRANO se ha quedado dormido como un niño, tendido sobre el mar de cojines, abrazado al suyo.*)

ISABEL II. Te dormirás y tendré que acostarte. No será la primera

vez. *(Se arrodilla y empieza a tirarle de una bota.)* Sólo que entonces era... que estabas borracho. Yo aquí, si alguien me viera... *(Al sacar la bota se cae al suelo.)* ¡Ay! y luego los hombres se creen que una les quiere sólo por guapos y tienen sus cosas... también, claro. A ver esta bota. *(Empieza a tirar.)* ¡Ay!

GENERAL SERRANO. *(Como un sueño.)* Mira en el bolsillo derecho de mi guerrera, Isabel.

ISABEL II. Déjame que te quite la bota *(Y tira de ella.)*

GENERAL SERRANO. ¿Lo has visto ya?

ISABEL II. ¿El qué? *(Sacar la otra bota.)*

GENERAL SERRANO. Mi regalo, en el bolsillo *(Ríe.)* Tú no te acuerdas, claro *(ISABEL abre el bolsillo de la guerrera.)* pero tal día como hoy... *(Se duerme.)*

ISABEL II. *(Sacando el ramo, todo arrugado.)* ¡Violetas...! *(Le abraza y le besa.)* Amor, amor, *(Le acuna.)* ¡amor mío...! *(Empieza a cantarle una nana. El ruido del tren lo inunda todo. Oscuro. Mil pitidos.)*

ESCENA SEGUNDA

(Música de polka. La escena está vacía, se oyen voces y ruidos confusos en la calle; inmediatamente entra EUGENIA DE MONTIJO con traje de carnaval, viene cojeando muchísimo y apoyándose en FERMÍN.)

EUGENIA DE MONTIJO. ¡Ay, Fermín! ¡Ay!; me han dado el carnaval ¡ay, ay, ay!

FERMÍN. Apóyese sin miedo... Majestad.

EUGENIA DE MONTIJO. De Majestad, ya nada, Fermín, que estoy curada. *(Entra SOR PATROCINIO desde la alcoba de ISABEL.)*

Ay, Sor Patrocinio, ayudadme.

SOR PATROCINIO. ¡Jesús! (*Acudiendo.*) Pero ¿qué le ha pasado a nuestra Emperatriz?

EUGENIA DE MONTIJO. De todo, Patro, de todo; y no me emperatrices que hace mucho que estoy al cabo de la calle, ay. (*La sientan.*)

SOR PATROCINIO. Pero si viene tiritando.

EUGENIA DE MONTIJO. Ay, dame algo fuerte que me haga entrar en calor.

SOR PATROCINIO. Fermín, trae el licor que su Majestad toma con el té. (*Sale FERMÍN.*)

ISABEL II. (*Voz de.*) Eugenia ¿eres tú?

EUGENIA DE MONTIJO. Yo... o lo que queda de mí.

ISABEL II. (*Voz de.*) Pero... ¡si quedamos en vernos en el cotillón!

EUGENIA DE MONTIJO. Sí, hija; pero al pasar bajo tus balcones, en esas obras que te están haciendo.. ¡pumm! se han hundido las ruedas de mi carroza, se ha abierto la portezuela y ¡zas! ¡ay! ¿Se me ha roto el tacón?

SOR PATROCINIO. No.

EUGENIA DE MONTIJO. (*Gimiente.*) ¡Entonces es la pierna! ¿A ver? Ayúdame (*Se pone en pie.*) ¿A ver?

(*Entra FERMÍN con la bandeja, botella y vaso.*)

SOR PATROCINIO. Trae. (*Y sirve.*)

EUGENIA DE MONTIJO. Fermín, baje a ayudar a mis palafreneros; y, cuando esté lista la carroza, me avisas. (*Sale FERMÍN.*)

SOR PATROCINIO. Ay, estos rizos necesitan un arreglo; el licor para entrar en calor, (*Le da el vaso.*) voy por unas tenacillas. (*Y sale.*)

ISABEL II. (*Voz de.*) ¿De qué vas disfrazada, Eugenia?

EUGENIA DE MONTIJO. (*Se mira.*) Dicen que de mariposa pero ya ni lo sé. Me he cruzado con cuatro mascaritas, y casi me muero al verlas; porque ¿a que no adivinas de qué iban disfrazadas las cuatro? (*Rabiosa.*) ¡De Eugenia de Montijo! con todos sus volantes, diademas y abanicos, mira que si entro en el cotillón y todas van disfrazadas de Emperatriz Eugenia de Montijo ¿qué hago yo? ¿De qué vas tú, Isabel? (*Bebe.*) ¡Aaaah...! ¡fuego!; y pero ¿qué es...? ¡Ay! (*Tose.*) ¡Ay!, (*Sin voz.*) pero ¿qué me has dado a beber...? Ah, ¿qué era?

(*Entra SOR PATROCINIO con unas tenacillas enormes humeantes.*)

SOR PATROCINIO. Lo mejor para entrar en calor; y aquí están las tenacillas bien calientes; a ver esos rizos rebeldes.

EUGENIA DE MONTIJO. Sí, sí; no vayas a quemarme lo mío; los postizos me es igual, pero con lo mío... ¡cuidadito! que están ya muy pachuchos. Ay, ¡que me quemaaas...!

SOR PATROCINIO. Que no.

EUGENIA DE MONTIJO. ¡Cómo que no, si estoy oliendo a chamusquina! Y es lo mío. Ay. ¡Déjalo ya...!

ISABEL II. (*Entrando.*) ¿Qué tal ese viaje, Eugenia?, nos han dicho que desde que te curaste, no paras.

EUGENIA DE MONTIJO. ¡Ay!, fue horroroso, pero pasó, pasó. Y ahora efectivamente no paro. Hace dos meses volví a Egipto. Luego a Roma; hace un mes pasé ocho días en Madrid; ay, los tilos del palacio de Liria. Y luego Londres, de donde regresé ayer.

ISABEL II. (*Bebiendo.*) Flojo (*EUGENIA tose.*) ¿Te viste con la Reina Victoria?

EUGENIA DE MONTIJO. Naturalmente.

ISABEL II. ¿Y cómo sigue Victoria?

EUGENIA DE MONTIJO. Eso, ¡sigue...! ¡Vamos... que sigue...!

SOR PATROCINIO. Eso es durar un trono, hija, y no los nuestros.

ISABEL II. Pero ¿cuántos años tiene ya la Reina Victoria? ¡Porque debe andar ya por los setenta y todos...!

EUGENIA DE MONTIJO. Ochenta y dos cumplió el jueves pasado.

ISABEL II. Ay, la pobre...

EUGENIA DE MONTIJO. ¿Pobre? Pobres tú y yo, hija mía, que ella lleva sesenta y cuatro años en el machito; que se dice pronto.

SOR PATROCINIO ¿Tantos? (*Grita, rabiosa.*) Casi el doble que nosotras, Isabel.

EUGENIA DE MONTIJO. Me da una envidia. Le decía yo en un *téte a téte* que tuvimos en Buckingham Palace: «¡Ay, Victoria, lo tuyo, hija mía, sí que es suerte, sesenta y cuatro años a todo tren y lo que te cuelgue; y con un hijo colocado de Príncipe de Gales», y, ¿sabéis lo que me contestó? «Sí, sí, pero aquí me tienes; sin mi Alberto, viuda». Toma, y yo, le contesté; y todas, si a nuestra edad, menos las solteras, todas somos viudas.

SOR PATROCINIO. Es que hay algunas que lo quieren todo.

EUGENIA DE MONTIJO. Es lo que yo le dije. «Victoria, Dios te va a castigar, quejarte de viuda. Como Isabel y como yo y como tantas otras quisiera yo verte; andamos por ahí destronadísimas, que da un apuroooo...»

ISABEL II. Y ¿cómo la encontraste?

EUGENIA DE MONTIJO. (*Muy mala.*) Pues está... enormeee... ¿cómo os diría yo?... ¡Sí! ¡Más! y que conste que yo la quiero, que la adoooo, ¿eh?

ISABEL II. ¡Y nosotras!

EUGENIA DE MONTIJO. Se portó muy bien cuando lo mío.

SOR PATROCINIO. Y con nosotras cuando lo nuestro.

EUGENIA DE MONTIJO. ¡Ah...! a ver como está mi pierna...

ISABEL II. Y ¿cómo iba vestida Victoria?

EUGENIA DE MONTIJO. Por ahí sí que no paso. Toda llenona de terciopelos, y de parlones por todas partes; un escaparate; y que conste que yo la adoroooooo, pero es que... ¡qué falta de gusto!; y con un vestido de hace diez años; que una cosa es ahorrar, y otra, pedir limosnas.

SOR PATROCINIO. Y con todo lo que tiene... porque esa debe estar forrada.

EUGENIA DE MONTIJO. Es que, se diga lo que se diga, para trabajar de reina, como Inglaterra nada.

SOR PATROCINIO. Sí, hija, y no España; lo que sufrimos.

EUGENIA DE MONTIJO. Pues... ¡sí que Francia se ha portado conmigo! Sí, lucida me han dejado, menos mal que yo supe colocar bien el dinero, que si llego a quedarme con sólo el retiro de Emperatriz, iba lista.

SOR PATROCINIO. Pues nosotras estamos sólo con la pensión; y entre que ya era pequeña y el mal uso, estamos a pedir.

EUGENIA DE MONTIJO. Ay, no me lloréis... no me lloréis

ISABEL II. Pero es verdad, porque tú tienes rentas y Victoria sigue con el negocio abierto.

SOR PATROCINIO. ¡Y el Canal de Suez!

EUGENIA DE MONTIJO. (A ISABEL.) Y tú el de Isabel II. .. ¡Claro, que no te ofendas... pero no se pueden comparar...! ¡El tuyo es un canalillo! Y para durarle. «¿Sabes cuál es mi secreto?», me dijo. «Mi virtud». Y me lo decía a mí, como explicación; porque si todavía te lo dice a ti, y perdona, se comprende, pero yo que he sido..., andaba yo un año ya de novia con el emperador y me cogió una mano y la que se armó...

ISABEL II. Ay, Eugenia, y pensar que naciste en Granada, en un jardín y en medio de un terremoto; si llego a nacer así yo...

FERMÍN. (*Entrando.*) Ya está arreglada la carroza.

EUGENIA DE MONTIJO. Pues me voy.

ISABEL II. Espérame mujer, que va a venir Galdós a recogerme.

EUGENIA DE MONTIJO. Por cierto, dicen que le van a dar el Premio Nobel.

SOR PATROCINIO. El Nobel a ese masón... Los católicos a machamartillo no lo consentiremos. ¡Escribiré al Santo Padre!

ISABEL II. ¿Pero quién te ha dicho que es masón? ¡Calumniadora!

SOR PATROCINIO. ¡Todos los republicanos lo son! Daré orden a todos mis conventos que escriban a la Academia Sueca. ¡El Nobel para Menéndez Pelayo!

EUGENIA DE MONTIJO. ¿Y no sabéis? El tal Galdós nos ha resultado un mujeriego de ¡tomo y lomo!

SOR PATROCINIO. ¡Jesús!

EUGENIA DE MONTIJO. Las tiene así... así (*Y apiña los dedos.*) ¿A que no sabéis con quién se está dando el pico ahora...? ¡Con la Pardo Bazán...! Les han pillado... y en la Real Academia. Qué incómodo ¿no? Bueno, adiós.

SOR PATROCINIO. Os acompaño hasta el carruaje.

ISABEL II. Pues hasta ahora, y el lunes ya sabes...

EUGENIA DE MONTIJO. (*Saliendo ya.*) ¿Qué pasa el lunes?

ISABEL II. Que nos inauguran a las dos.

EUGENIA DE MONTIJO. (*A punto ya de salir.*) ¿Qué dos?

ISABEL II. A ti y a mí, ¿es que no has recibido la invitación?

EUGENIA DE MONTIJO. Pero hija, ¿en qué sentido nos inauguran?

SOR PATROCINIO. En el museo de cera, de aquí, de París.

EUGENIA DE MONTIJO. ¡Ay! qué horror, yo no voy, no me vaya a ocurrir como en el museo de Madame Tussaud de Londres, que fui a inaugurarame y casi me muero.

ISABEL II. ¿Es que no te han sacado parecida?

EUGENIA DE MONTIJO. (*Saliendo.*) ¿Parecida? Me han puesto unos pelos, y estoy como bizca, y con un vestido, auténtico, eso sí pero ¡del año catapum!, que estoy de aullido, y encima me han colocado entre María Antonieta y María Estuardo ¡que da un repeluco! (*Salen EUGENIA DE MONTIJO y SOR PATROCINIO.*)

PÉREZ GALDÓS. (*Entrando.*) ¡Majestad...!

ISABEL II. ¡Benito! ¿No te has tropezado con Eugenia y Patro?

PÉREZ GALDÓS. Si sólo fuera con ellas; las he dejado saludándose con el que entraba al tiempo que yo...

ISABEL II. ¿Con quién?

PÉREZ GALDÓS. Con... con vuestro marido.

ISABEL II. (*Dentro.*) ¡La Paca! ¡El completo para la carnalada! ¡Qué tripa se le habrá roto! (*Entra FERMÍN.*) Sí, anúnciale, que pase.

FERMÍN. (*Anunciando.*) Su Majestad el Rey don Francisco de Asís. (*Entra el Rey consorte don FRANCISCO DE ASÍS; su andar es recto; sus actitudes firmes; viste ropas de tonos severos y corte sobrio; nada de puntillas. Más, ni un adorno. La voz cortante; los ojos de acero; ni peluca; ni siquiera las más discretísimas puntillas asomando por la bocamanga, nada.*)

ISABEL II. ¡Qué sorpresa! Mi marido me visita. Hola, Paco.

FRANCISCO DE ASÍS. (*Seco.*) Hola, Isabel.

ISABEL II. ¿Qué has hecho estos últimos años?

FRANCISCO DE ASÍS. Vivir.

ISABEL II. (*Pausa.*) Pues, tú dirás.

FRANCISCO DE ASÍS. He venido a decirte adiós.

ISABEL II. ¿Te vas de viaje?

FRANCISCO DE ASÍS. Sí. (*A FERMÍN.*) Mis documentos.

ISABEL II. A España ni lo intentes porque a ti te cuelgan, bueno a mí también, (*Entra MENESES con la cartera. Viendo a MENESES. Tensa.*) Benito, dile a ese criado de mi marido que le espere en el coche.

FRANCISCO DE ASÍS. (*Firme.*) No. (*A ISABEL.*) Está nevando.

ISABEL II. Pues que, en vez de en el pescante, espere dentro del coche.

FRANCISCO DE ASÍS. Hace mucho frío en la calle. Se queda.

ISABEL II. Que espere en la cocina, entonces.

FRANCISCO DE ASÍS. La cocina no es su lugar.

ISABEL II. ¿Quieres que le siente en mis rodillas?

FRANCISCO DE ASÍS. Aguarda en la antesala, Meneses.

ISABEL II. (*Por GALDÓS.*) Tengo una visita.

FRANCISCO DE ASÍS. Esperarán juntos. (*Sale MENESES. GALDÓS va a salir detrás.*)

ISABEL II. En cinco minutos vuelve, Benito. (*Sale PÉREZ GALDÓS; FRANCISCO se sienta.*)

FRANCISCO DE ASÍS. He venido a hablar contigo de dinero.

ISABEL II. Pues ya estás recogiendo el pendique, estoy sin blanca.

FRANCISCO DE ASÍS. Se trata de una manda que he dejado a una persona, en mi testamento, y quiero que me firmes que no interferirás una vez que yo haya muerto.

ISABEL II. ¿Y sólo para esto te has venido en plena noche de carnaval, con dos metros de nieve, sin anunciar y después de un siglo, como un aparecido?

FRANCISCO DE ASÍS. Sí.

ISABEL II. (*Despendolada.*) Pues te podías haber puesto una sábana y al entrar hacerme ¡huuuuu! (*Sentándose.*) Me muero del susto, me heredas y se acabó el problema.

FRANCISCO DE ASÍS. ¡Isabel!, siéntate... ¡Siéntate, te lo ruego! Acércate... Más

ISABEL II. (*A su lado ya.*) ¿Qué quieres?

FRANCISCO DE ASÍS. Sólo esto, mirarte.

ISABEL II. Paco, si fueras un hombre, yo diría que tú me ocultas algo.

FRANCISCO DE ASÍS. Pero puesto que no lo soy, ni jamás lo he sido... ¿qué?

ISABEL II. Que estás tú muy raro. Que no te entiendo ahora como jamás te he entendido. Desde que nos casaron... (*Irónica.*) por razón de Estado. Paco, yo me negué a nuestra boda, te lo juro...

FRANCISCO DE ASÍS. Yo también.

ISABEL II. Lloré, pataleé, pero... ¡me obligaron!

FRANCISCO DE ASÍS. ¡A mí también!

ISABEL II. ¡Ah! cuántos dolores. Cuánta miseria nació de aquel «Sí, quiero». Qué distintas hubieran sido nuestras vidas. Yo con tantos amantes, y tú, por mi culpa, siempre encerrado, ajeno a todo, desplazado de todo, inútil tu vida, sin sentido, tan infeliz.

FRANCISCO DE ASÍS. Qué equivocada estás, Isabel.

ISABEL II. ¿En qué?

FRANCISCO DE ASÍS. Mi vida no ha sido ni inútil, ni sin sentido,

ni infeliz.

ISABEL II. Ah, ¿no? Pues hijo, con lo tuyo... ya me dirás.

FRANCISCO DE ASÍS. Conocí mi condición -eso que llamas tú lo tuyo- el mismo día en que cumplí los quince años.

ISABEL II. ¿Ah sí?, ¿y cómo?

FRANCISCO DE ASÍS. Bastó una mirada. Comprendí, me rebelé. Nos rebelamos los dos, no queríamos aquello, no. Pasaron años de... nada. De tormento. De miradas y no. De... desear, y no. De tener el cielo al alcance de la mano... y...

ISABEL II. (*Irónica.*) Ay, Paco, ¿el cielo llamas a lo tuyo?

FRANCISCO DE ASÍS. (*Sobrio, digno.*) Al fin, acepté, aceptamos, nuestro destino. Y esa ha sido mi vida, nuestra vida.

ISABEL II. (*Con ternura.*) ¡Cuánto has sufrido, Paco!

FRANCISCO DE ASÍS. Hasta entonces, sí. (*Definitivo.*) Isabel, mujer, Isabel, esposa mía; Isabel. Podrían llenarse salones con todos tus amantes...

ISABEL II. Paco...

FRANCISCO DE ASÍS. Has conocido todos los cuadrantes del amor, ¿no?

ISABEL II. Sí.

FRANCISCO DE ASÍS. Las mil formas de los celos, de la espera, de la entrega, del... mañana se lo digo; o... se lo niego; o... le perdono, o... le odio, o... le quiero, le quiero, a pesar de todo. ¿O no?

ISABEL II. Sí.

FRANCISCO DE ASÍS. Sé que has conocido las mil formas distintas del alarido del «basta ya» como un fuego inextinguible.

ISABEL II. Sí, sí, Paco...

FRANCISCO DE ASÍS. Pues bien, todo ese bosque de sentimientos

tuyos ha sido... ceniza, hielo, nada, al lado de lo que ha sido, desde los quince años hasta hoy, mi amor por este hombre.

ISABEL II. Paco...

FRANCISCO DE ASÍS. ¿Sabes por qué, después de mil veces negarme a casarme contigo -o con cualquier otra, pero la desgracia quiso que fueras la reina- acepté? Porque agotados todos los recuerdos, me... amenazaron con la muerte.

ISABEL II. ¿Con matarte? ¿A ti?

FRANCISCO DE ASÍS. A mí, no. ¡A él! (*Entra PÉREZ GALDÓS.*)

ISABEL II. Déjanos solos, Benito.

FRANCISCO DE ASÍS. (*Viéndole.*) ¡No! ¡Quédese usted! (*GALDÓS mira a ISABEL.*) ¡Que se quede!

ISABEL II. Os... voy a presentar, entonces. Es...

FRANCISCO DE ASÍS. No hace falta. Sé quién es, y qué hace aquí. ¿Cómo apareceré yo en sus novelas, señor Pérez Galdós? ¿Como don Francisco de Asís, Rey Consorte de Su Muy Serenísima Majestad la Reina Isabel Segunda, o... como Paquita Natillas?

PÉREZ GALDÓS. ¡Señor! Perdón... (*Inicia salida.*)

FRANCISCO DE ASÍS. ¡Quédese! (*Dulce.*) Se... se lo ruego, estoy teniendo con mi mujer la conversación más importante de nuestra vida. En realidad, la única. Y quiero que usted, que ha venido aquí a saber para luego escribirlo, lo oiga.

(*GALDÓS busca en los ojos de ISABEL una orientación, que ella no le da pues ha bajado los ojos, sobre qué debe hacer, si irse o quedarse.*)

PÉREZ GALDÓS. ¿Qué hago, Majestad?

ISABEL II. Vete.

PÉREZ GALDÓS. Volveré luego. O, mejor otro día. (*Y va a salir. FRANCISCO lo intercepta.*)

FRANCISCO DE ASÍS. (*Definitivo.*) Señor Pérez Galdós, vuelva usted luego, u otro día, o los días que quiera, pero, ahora, usted se queda. (*FRANCISCO le quita el antifaz que GALDÓS tenía en la mano.*)

FRANCISCO DE ASÍS. Quítese ese disfraz, que aquí vamos a hablar todos, aunque sea por una sola vez, sin careta. (*GALDÓS deja caer el dominó sobre una silla. FRANCISCO ha tomado también el antifaz de ISABEL; los mira ambos, el de ISABEL y el de GALDÓS, uno en cada mano.*) ¿Está ya listo, señor Galdós?

PÉREZ GALDÓS. Estoy.

FRANCISCO DE ASÍS. Pues, siéntese. (*GALDÓS se sienta.*) Y tú también. ¡Que te sientes! (*ISABEL se sienta.*) Sin antifaces. (*FRANCISCO mira los antifaces al fuego de la chimenea, se vuelve, los mira.*) Estábamos hablando esta mujer y yo, la que fue Reina de España, Isabel Segunda y yo, Don Francisco de Asís, Rey Consorte del más hermoso y cruel país del mundo; estábamos hablando mi mujer y yo de cómo nos obligaron a casarnos. Y de por qué, a pesar de repugnarnos a ambos además de la idea, el uno al otro, lo hicimos, sin embargo, a la fuerza; ella obligada por su madre, y yo sometido a un infame chantaje. De cómo ella gritó cuando se lo propusieron por primera vez, y esto se sabe: «Casarme yo con esa puntillitas»

ISABEL II. Por favor, Paco.

FRANCISCO DE ASÍS. De cómo tuvo, después de casada, multitud de amantes. Y esto... también se sabe, con nombres y apellidos; e incluso los hijos que le corresponden a cada uno.

ISABEL II. ¡Basta ya, Paco! ¡Se acabó!

FRANCISCO DE ASÍS. ¡Ah! ¡No!

ISABEL II. (*En pie.*) Adiós.

FRANCISCO DE ASÍS. ¡Siéntate!

ISABEL II. ¡Nooo...!

FRANCISCO DE ASÍS. ¡Que te sientes...!

ISABEL II. (*Sentándose.*) Pero ¿por qué hablar del pasado? Está muerto y enterrado.

FRANCISCO DE ASÍS. Está vivo y siempre lo estará.

ISABEL II. Te lo pido, por favor, no hables más.

FRANCISCO DE ASÍS. (*Rotundo.*) Toda una vida de silencio me da derecho, Isabel, a, al menos, un minuto para hablar. Para decir la verdad. Toda. La parte que se sabe y la otra, la que sólo tú y yo sabemos. Y aún más la que sólo sé yo, Isabel. Sólo yo. (*A GALDOS.*) Porque usted sabrá, señor Galdós, como todo el país, y la historia contará, que a los ocho días de casarme con esta mujer, yo -el marido de la Reina- me fui de casa. Sí, me fui del Palacio Real y me instalé en el Palacio del Pardo. Pero el por qué... sólo lo saben tres personas en el mundo. Y una (*Señala a ISABEL.*) su madre, la Reina María Cristina, ya está muerta. ¡Las otras dos personas somos ella (*Por ISABEL.*) y yo.

ISABEL II. (*En pie.*) Calla, Paco, por favor.

FRANCISCO DE ASÍS. ¡No! ¡Se lo vas a decir tú! Te escuchamos.

ISABEL II. (*Tensa.*) Por Dios...

FRANCISCO DE ASÍS. Dile lo que ocurrió...

ISABEL II. No... no sé.

FRANCISCO DE ASÍS. ¡Sí! ¡Sabes!

ISABEL II. (*Evasión.*) No lo recuerdo.

FRANCISCO DE ASÍS. ¿Quéeee...?

ISABEL II. Han pasado tantos años, tantos...

FRANCISCO DE ASÍS. (*Grita.*) Diez vidas, cien, podría vivir yo y no lo olvidaría. (*A GALDÓS.*) Estábamos solos los tres, ella, su

madre y yo. Tuvimos una discusión, y su madre -la Reina María Cristina- la que nos obligó a casarnos, sabiendo de mí todo, pero todo, y que luego fue cien veces su celestina...

ISABEL II. Paco...

FRANCISCO DE ASÍS. Esa... me gritó -jamás lo olvidaré- «lárgate, sucia rata, fuera de mi vista maricón, que no mereces ocupar el lecho de mi hija». El lecho de mi hija, lo cual, y ella lo sabía, ni siquiera era verdad, pues sí ocupábamos la misma habitación, pero con dos camas. ¿Lo sabía usted?

PÉREZ GALDÓS. No.

FRANCISCO DE ASÍS. Pues ya lo sabe. Escríbalo. Y aún hay más, que me fui de su lado a vivir al Palacio del Pardo, se comentó. Pero lo que nadie supo -sólo los íntimos, ella y yo- es que no sólo me fui, sino que me llevé dos cosas conmigo. Dile cuáles, Isabel.

ISABEL II. (*Casi sin voz.*) Tu... cama.

FRANCISCO DE ASÍS. Y ¿qué más? ¿Qué más? (*Una pausa.*) Dígalo usted entonces. (*Se refiere a GALDÓS.*) Sé que lo sabe...

PÉREZ GALDÓS. Yo... no.

FRANCISCO DE ASÍS. Pero ¡lo sabe!, tenga el valor de confesarlo.

PÉREZ GALDÓS. Sí...

FRANCISCO DE ASÍS. Pues ¡dígalo!

PÉREZ GALDÓS. No... no... me atrevo.

FRANCISCO DE ASÍS. ¡Ah! ¿tan hombre y tan cobarde, señor Pérez Galdós? Me llevé... a mi hombre, a mi amante, a Ramos Meneses. Claro que usted y otros supieron esto años más tarde; pero que ese hombre existía ya lo sabía María Cristina cuando me casó con su hija. Pero hay algo que ni usted ni nadie pudo saber si no vivía en Palacio, que aunque me hicieron volver, jamás, ni entonces, ni antes, ni después hubo ni ha habido nada de escondido

en mi relación con ese hombre, ni desde entonces, ni nunca, nada de furtivo. A nadie engañé jamás dentro de palacio, todos lo sabían. Muros afuera... el engaño no fue mío... (A ISABEL.) fue vuestro. (Por el fondo aparece MANUEL MENESES, GALDÓS al verle, se levanta, ISABEL a su vez, al verle, aparta la mirada.)

FRANCISCO DE ASÍS. (Mirando a MENESES, aunque sin moverse.) Vivíamos juntos, dormíamos juntos, todos lo sabíais, tú mejor que nadie ¿no?

ISABEL II. (Casi sin voz.) Sí...

FRANCISCO DE ASÍS. ¿Por qué, entonces, le vuelves la cara? ¡Mírale!

ISABEL II. (Casi llorando.) Por Dios te lo suplico, Paco. No... no te sigas humillando.

FRANCISCO DE ASÍS. Si no me humillo, Isabel. Digo... la verdad, he sido feliz, con él, lo soy. Ha habido también como tú con tus amantes, Isabel, celos, abandonos, paz, gritos y toda la gama de matices que tú hayas podido vivir. Excepto dos, que jamás nos hemos engañado el uno al otro, y que jamás él ha aceptado de mí, como de ti tus amantes, ni un solo cargo, ni un solo honor, ni un solo título, ni dinero, nada, que para ganar incluso su pan de cada día, él trabajaba y sigue trabajando. Nada.. (ISABEL se acerca a su marido, con enorme ternura le medio abraza.)

ISABEL II. Paco...

FRANCISCO DE ASÍS. Ya me voy.

ISABEL II. Quédate si quieres.

FRANCISCO DE ASÍS. No. Pero antes quiero que el señor Galdós sepa algo aún. Lo más importante. Y que tú, Isabel, también ignoras. (La deja se acerca a GALDÓS.) Acérquese. (Lo hace.) Mírame, a los ojos, así. Soy un hombre, soy de noble cuna, he sido Rey, si algo he tenido, señor Galdós, si algo tengo es... ¡se lo juro

a usted por Dios vivo! ¡or-gu-llooooo! No como el que más, sino más que ese. Y este hombre, este orgullo que soy yo..., ha sido durante docenas de años escarnecido por todos de los más humillantes modos, ¡por todos!, nobles, plebeyos, obispos y generales, en plazas, salones y mercados, con... todo, incluso con coplillas tan terribles, tan soeces... y todo esto... ¿por qué? ¿No lo sabe usted, verdad?

PÉREZ GALDÓS. Pues... no sé.

FRANCISCO DE ASÍS. Escúchalo bien Isabel, que tampoco tú sabes. El... porque (*La acaricia.*) Hubiera sido tan fácil, tan... sencillo que nadie nunca, jamás hubiera sabido nada. ¡Pero... nada!, como tantos otros.

ISABEL II. (*Casi sin voz.*) Eso es imposible.

FRANCISCO DE ASÍS. ¿Quieres que, ya que estamos tan lejos de todo y tan cerca de la muerte, te diga nombres? ¿Qué prefieres?, ¿de cortesanos, de generales o de obispos, o... es que no sabes que dos de tus amantes también lo eran?

ISABEL II. ¡No es verdad!

FRANCISCO DE ASÍS. ¡Lo es! Más aún: el duelo que tuvieron y que se atribuyó a que si tú favorecías más al uno que al otro fue..., fue... en realidad, por un pinche de cocina de nombre Antón Sánchez, que se acostaba con los dos. Y, encima, despreciándoles, con asco, por dinero. (*Toma la cara de ISABEL con ambas manos.*) Sí, Isabel, todo pudo ser secreto entre ese hombre y yo, ¿sabes por qué no lo fue? Por mis puntillas y mis lacitos que yo... (*Mirando a MENESES que escucha con la cabeza baja al fondo.*) ... que yo... (*Intenso.*) ¡odiaba! (*MENESES alza la cabeza sorprendido, avanza mientras.*) Sí ¡que yo odiaba! No sólo porque eran los voceros de mi condición, sino porque... ¡yo me encontraba ridículo!, me parecieron siempre de... mal gusto.

ISABEL II. Entonces ¿por qué los llevabas?

FRANCISCO DE ASÍS. Porque -y esto nadie lo sabe, ni él- porque una noche de carnaval como ésta, del mismo modo que tú te has puesto eso y usted eso, yo me puse unos lazos y unas puntillas para divertirme y divertirlo; y él me dijo que... (*Profundo.*) así le gustaba aún más. ¡Por eso!, y, ahora señor Galdós, sí, le permito que se vaya, que aquí va a ocurrir algo para lo que, no por mí, sino por ellos dos, es mejor que no haya testigos. (*Le da la mano.*) Adiós.

PÉREZ GALDÓS. Adiós (*A ISABEL.*) ¿Majestad...? Adiós, señor. (*Y sale.*)

FRANCISCO DE ASÍS. No vino a... esto, te lo juro. Pero después de lo que hemos hablado, no quiero, no debo, no puedo... irme sin hacerlo. Ni tú puedes negarte. Acércate, Meneses (*MENESES avanza.*)

ISABEL II. ¿Qué... pretendes?

FRANCISCO DE ASÍS. Durante años yo he debido convivir en todas partes y a todas horas con tus amantes. Tú a él, no le has querido ver ni de lejos, como si no existiese. Pues bien, quiero, sencillamente, presentártela: Ramos Meneses, mi amante, Isabel II Reina de España, mi mujer. Bésale la mano. (*MENESES dobla la rodilla y besa la mano a ISABEL.*) Y por último ¿porqué no? una noticia. Después de todo no podré evitar darte esta alegría dentro de veinte días, o dos meses, gózala desde ahora. Te dije que venía a darte cuenta de que pronto voy a hacer un viaje. Pero no te dije dónde. Era, Isabel, una forma de comunicarte que, según los médicos, voy a morir muy pronto, cuestión de semanas. Sin salvación posible. (*Tiende la mano.*) Hasta la eternidad.

ISABEL II. Jamás te conocí, hasta ahora.

FRANCISCO DE ASÍS. Tarde.

(*ISABEL le da la mano. Le abraza llorando convulsivamente.*)

ISABEL II. Bésame (*FRANCISCO la besa en la mano.*) Ahí, no. (*La*

besa en la mejilla.) Tampoco. El primero y el último, Paco.

FRANCISCO DE ASÍS. El primero y único beso de nuestra vida.
(Don FRANCISCO la toma en sus brazos. La besa. Un beso largo; profundo; el beso de un hombre a una mujer. MENESES les mira; se acerca tenso, celoso: vuelve la cabeza; sale. ISABEL y FRANCISCO se siguen besando. Pitido. Ruido del tren que se acerca, agiganta y parece pasar sobre el público.)

(OSCURO.)

ESCENA TERCERA

(El ruido del tren se aleja. Luz -poco a poco- ISABEL está besándose en la boca con un hombre en el mismo sitio que con FRANCISCO. La luz es muy tenue aún.)

ISABEL. No digas nada aún. Desde que viniste has sido todo ojos y oídos. Pero has callado y me has forzado a hablar siempre a mí. Sin embargo... ¿qué se yo de ti? ¿A cuántas mujeres has amado?

PÉREZ GALDÓS. A dos.

ISABEL II. ¿Por qué las dejaste?

PÉREZ GALDÓS. Me dejaron ellas.

ISABEL II. Qué suerte has tenido. Eras tú el que amaba más. ¿Me quieres a mí?

PÉREZ GALDÓS. No.

ISABEL II. ¿Me deseas? ¡La verdad!; entre nosotros, siempre la verdad. ¿Me deseas?

PÉREZ GALDÓS. No.

ISABEL II. Me compadeces, ¿verdad?

PÉREZ GALDÓS. No.

ISABEL II. Sí. Y ¡qué daño me estás haciendo, mi amor, mi último, mi imposible amor! (*Se oye el ruido del tren.*) ¡Otra vez ese tren! ¿Qué me pasa? Tengo miedo, Benito. A veces se me presentan aquí mismo, o en mi alcoba, los seres que me hicieron la vida y los que me la deshicieron, como fantasmas. Otras me miro en ese espejo... Porque... ¿ahí... sigue habiendo un espejo?

PÉREZ GALDÓS. Sí.

ISABEL II. Tengo mucho miedo.

PÉREZ GALDÓS. ¿A qué?

ISABEL II. Uno de mis médicos me ha dicho que a veces, mientras se está velando un cadáver, y aún durante el entierro, en un punto del cerebro del que todos creen muerto, una luz cada vez más tenue sigue iluminando durante horas trozos de su vida. Y temo que a mí me va a ocurrir; que quizá ya me este ocurriendo, que ese sueño que me persigue, siempre el mismo, sea... eso.

PÉREZ GALDÓS. ¿Qué sueño?

ISABEL II. El de mi último viaje. Y ese espejo es la clave, la señal.

PÉREZ GALDÓS. ¿Por qué?

ISABEL II. Porque en mi sueño, al yo morir, lo quitaban, y en su lugar ponían un gran retrato mío con una orla negra.

PÉREZ GALDÓS. Es sólo un sueño,

ISABEL II. Pero... tan preciso. En él oigo el tren, sus terribles pitidos, mientras me llevan muerta en un furgón hacia el Escorial. (*Súbitamente.*) ¡Será en primavera! (*Se oye el tren, su pitido.*)

PÉREZ GALDÓS. ¿Qué, Isabel?

ISABEL II. Mi muerte. Lo sé seguro, porque al llegar al Escorial, el campo, en mi sueño, está rojo, rojo de amapolas, y oigo una campana tocando a muerto; y las salvas y una trompeta... Y una marcha...

PÉREZ GALDÓS. Si quieres, me quedaré contigo para siempre.

ISABEL II. ¡No! ¡Vete! Estoy muriéndome por decirte que te quedes, pero tú no me amas... (*GALDÓS baja la cabeza.*) De amor, sé yo más que tú. Y sé que se puede mandar en todo un reino, y aun en Dios, pero no en el propio corazón. Vete y que den aviso al General Serrano; que me venga, que quiero cenar con él.

PÉREZ GALDÓS. Isabel, Serrano murió hace años.

ISABEL II. (*Se oye el ruido del tren.*) ¡Ah, ah! ¡No! Perdóname aquella escena terrible aquí, con él. ¿Recuerdas?

PÉREZ GALDÓS. No.

ISABEL II. Sí, fue meses antes de que yo te presentara a mi marido y al Nuncio Apostólico.

PÉREZ GALDÓS. Jamás les he conocido.

ISABEL II. ¿Y a Eugenia de Montijo? Yo te la presente aquí.

PÉREZ GALDÓS. No.

ISABEL II. ¡Dios mío! Entonces, tú tampoco estás aquí, como ellos, y te he estado viendo, sin embargo (*Se oye de nuevo el pitido y el ruido del tren que se acerca.*) ¡Ah, ah! Otra vez el tren. Abrazame, no quiero oírlo.

PÉREZ GALDÓS. (*Abrazándola.*) Así, yo te protejo. (*Se oyen campanas doblando a muerto.*)

ISABEL II. ¿Qué es eso, Benito?

PÉREZ GALDÓS. No oigo nada. (*Se oyen las salvas de ordenanza.*)

ISABEL II. ¿Y eso...?

PÉREZ GALDÓS. No lo oigas, escúchame a mí sólo.

ISABEL II. (*El escenario se va iluminando en rojo. El decorado va desplazándose hacia los lados, o alzándose, es decir desapareciendo.*) ¡Ah, este mar de amapolas!, ¡las punzantes torres del

Escorial! ¿Está ahí aún el espejo? (*Un foco ilumina la zona donde -dentro del decorado- estaba el gran espejo ovalado. En el lugar que estaba ocupado por el espejo hay ahora -colgado en el aire ya totalmente vacío- un gran retrato de ISABEL II rodeado de una ancha orla de terciopelo negro, cuyo lazo cae hasta el suelo.*)

PÉREZ GALDÓS. No...

ISABEL II. ¿Mi retrato con la orla?

PEREZ GALDOS. Sí.

ISABEL II. ¡Entonces, no es un sueño...! (*Patética.*) Estoy muerta y he llegado al Escorial en mi féretro. (*Se empieza a oír la marcha real, al principio muy lejos, luego más fuerte.*) ¡Ay! (*Se inclina.*) Ya me están alzando del suelo.

PÉREZ GALDÓS. Sí, Isabel.

ISABEL II. Ay, (*ISABEL se cuelga del cuello de PÉREZ GALDÓS como para no perder el equilibrio. De pronto estalla en sollozos.*) díles que aún no, que me dejen de nuevo en el suelo del furgón, y... que siga el tren hasta mi Madrid, que quiero despedirme de él. (*Se oye arrancar el tren.*) Benito, desde el otro lado, quiero pedirte tres cosas, pero antes, júrame que las cumplirás.

PÉREZ GALDÓS. Te lo juro, Isabel.

ISABEL II. Cuando escribas sobre mí, no me favorezcas, que ni lo merezco, ni lo quiero, pero di, porque es la verdad, que me amé a mí misma sobre todas las cosas, todas menos una, España. La segunda es que... jamás digas... ¡jamás a nadie nunca! que me enamore de ti. Y la tercera... (*Se besan en la boca.*) ¡Ay, ciérrame los ojos, Benito, que siento que ya me llegan los aromas y las voces y las músicas de las calles de mi Madrid; ciérrame los ojos. (*GALDÓS le cierra los ojos.*) Escúchame, yo, la que fui tu reina durante treinta y cinco años, vuelvo a ti, desde el infierno de mi exilio, que lo ha sido y terrible, no porque me destronaste, sino porque no podía ver cada mañana, tus balcones, con sus geranios

asomándose por entre los barrotes (*Ha cesado el ruido del tren.*)

PÉREZ GALDÓS. Ya hemos llegado, Isabel. (*Mutis de BENITO.*)

ISABEL II. (*Como despertando.*) ¡Ay, Benito! Qué silencio, no hay nadie esperándome, iré yo sola, ¡que abran las puertas del furgón...! (*Se oye el ruido como de puertas, al hacerlo estalla el vocerío de una inmensa multitud. Feliz.*) ¡Ah...! ¡están!; han venido a recibirme, ¡qué marea de pañuelos! Ay, ¡bajadme rápido! que quiero darme un garbeo por mis calles; a hombros de generales, no; ¡a hombros de cuatro madrileños!; como a un torero, por mi Lavapiés, mi Atocha, mi Carretas y mi Chamberí. ¡Ay! mi Cibeles. Que me den la vuelta alrededor, como si fuera en mi calesa, ay; ¡mi puerta de Alcalá! ¡Qué enjambre de brazos y tremolar de banderas! y como me lanzan besos, mis madrileños, no me lloréis, tontones. ¡Alegría! Quiero alegría, ¡que yo soy vuestra Isabel!; ¡qué más da que yo esté muerta, si estoy con vosotros y me queréis! ¡Alegría! ¡Fuera esos crespones negros de los balcones, poned mantones! Arrancad los penachos de luto a los caballos y poned en su lugar claveles y que los niños hagan revolveras con la bandera española que cubre mi féretro y la lancen al cielo. (*Se oyen y se ven en el ciclorama los fuegos artificiales.*) Así, así, ay, ¡soy feliz!; ¡feliz! ¡Acercaos más, a mí!; ¡así! Y tiradme palomas blancas aunque lleven cintas con los colores de la bandera republicana, así, más palomas, más, más palomas y esas voces más fuertes gritan «¡Viva Isabel!» (*Tiende al público las manos.*) Venid aquí, más cerca, más, hasta ahogarme, que quiero daros a todos, pero a todos, por guapos y por chulos, por madrileños, por españoles, porque me queréis y os quiero a todos (*Abre las manos, la muestra.*) ¡mi pitillera de oro...!

(*OSCURO.*)

(*FIN.*)